



SS

**SERVICIO
SECRETO**

Donald Curtis
**MAQUILLAJE
PARA MORIR**

Se llamaba Marty Rhy.

Llegó a Long Beach en los primeros días del verano. No pensaba hacerlo, pero «Blondie» renqueaba un poco. No tuvo otro remedio que hacer escala en Long Beach.

«Blondie» era su pequeño yate. Casi una motora, pero algo más que una motora, en realidad. Tenía cuerpo blanco, esbelto y agudo. Superficie de tablas color ocre, brillantes y lustrosas. Una cabina exterior con timón, y una cabina interior, dividida en tres cuerpos o estancias, donde había distribuido su dormitorio, su comedor y cuarto de estudio, y su almacén destinado a toda clase de viandas y provisiones.

Marty Rhy estimaba a su pequeño yate, casi tanto como a su propia vida. En realidad, «Blondie» era su mejor amigo. O mejor dicho, su único amigo.



Donald Curtis

Maquillaje para morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 590

ePub r1.0

Lds 20.09.17

Título original: *Maquillaje para morir*

Donald Curtis, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Donald Curtis

Maquillaje para morir

1ª. EDICIÓN

NOVIEMBRE - 1961

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

MAQUILLAR
PARA
MORIR
POR
DONALD CURTIS



CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba Marty Rhy.

Llegó a Long Beach en los primeros días del verano. No pensaba hacerlo, pero «Blondie» renqueaba un poco. No tuvo otro remedio que hacer escala en Long Beach.

«Blondie» era su pequeño yate. Casi una motora, pero algo más que una motora, en realidad. Tenía cuerpo blanco, esbelto y agudo. Superficie de tablas color ocre, brillantes y lustrosas. Una cabina exterior con timón, y una cabina interior, dividida en tres cuerpos o estancias, donde había distribuido su dormitorio, su comedor y cuarto de estudio, y su almacén destinado a toda clase de viandas y provisiones.

Marty Rhy estimaba a su pequeño yate, casi tanto como a su propia vida. En realidad, «Blondie» era su mejor amigo. O mejor dicho, su único amigo.

Fondeó en el embarcadero de Long Beach, frente al Club Marítimo. Aquél era el principio de todo, pero él no lo sabía. No tenía por qué saberlo, después de todo. Nadie es auténtico adivino, y Marty Rhy podía ser muchas cosas, pero jamás un adivino.

Salto al maderamen del embarcadero, mirando alrededor con orgullo. Había muchos yates fondeados en Long Beach. Pero ninguno era como el suyo. «Blondie» poseía una línea bella y moderna, distinta a todos los demás. Sus dimensiones, la gracia de su línea, realizada en Europa, y la calidad de los materiales en ella empleados, la hacían única. Además, poseía un motor velocísimo, potente y seguro. Su entrada en la bahía había sido vertiginosa, dibujando una larga, curva y graciosa estela de blanca espuma, hasta situarse en el embarcadero, con una seguridad pasmosa y fácil.

Así llegó Marty Rhy a la dorada obsta de California. Fue una llegada apacible, bajo un sol cálido, en un día radiante, y navegando sobre un mar de vivísimo azul, orlado de espuma, que centelleaba vivamente, hasta casi cegar, al reflejar la luz de un sol ardiente, acogedor y amable.

Silbando una tonada de moda, Marty se encaminó a través del maderamen del embarcadero, hacia el blanco edificio moderno del Club Marítimo. Su elevada estatura, su tea bronceada, su cabello, de un negro azulado, llamaba por fuerza la atención, aun en un lugar como Long Beach. La camisa cremosa se ceñía a su musculoso torso, se remangaba por encima de los poderosos bíceps. Cuando sonreía, era una exhibición de blancura nítida, en la mancha bronceína de su faz.

Aquéel era Marty Rhy. Había muchos como él en la costa Oeste de California. La mayor parte de ellos, actores o «dobles» de actores, en el cosmos cinematográfico de aquel rincón de dementes llamado Hollywood.

Rhy no pensaba en ellos al cruzar el umbral del Club Marítimo, y avanzar por entre arriates de hierba y flores, hacia la escalinata y porche del Club. Iba pensando en sus cosas, que para él eran muchísimo más importantes que lo que pudieran hacer los actores y aspirantes a lo mismo del dorado y estúpido Hollywood.

Ni siquiera sabía aún cómo pudo eludir la investigación oficial de las autoridades costeras de Japón y de Hawai, en sus dos últimas escalas. Si no encontraron el contrabando, fue por puro milagro.

Rhy estaba habituado a los milagros. El primero de ellos era su propia existencia. Había tenido machos colegas y competidores, a través de los siete mares. Casi todos terminaron en un presidio o en el fondo del mar, con un buen peso atado a sus talones, o con un lastre de piezas de níquel, de cualquier calibre, en su estómago o su cabeza.

Había que ser muy listo para sobrevivir. Él lo era. Por eso estaba ahora en Long Beach, dejando atrás una buena serie de problemas. Sólo esperaba que los problemas no continuaran. Porque la mercancía no había sido entregada todavía. Y una mercancía así, quema las manos de quien la lleva.

Alcanzó la barra del Club Marítimo, y encaramándose en un banquillo, pidió al barman:

—Algo fresco para un tipo que tiene sed.

El barman le miró de hito en hito. Era un californiano apacible y lento, con cierto sentido del humor. Irónico, interrogó:

—¿Una limonada, por ejemplo?

—No sea gracioso, hermano —rezongó Marty Rhy—. Cuando pido algo fresco, no tiene que ser necesariamente limonada o leche. Hay sitios donde saben preparar el *whisky* con soda y hielo.

—Aquí también aprendimos una vez —suspiró el barman—. Y no nos lo enseñó ningún forastero, desde luego.

—No lo asegure demasiado. Hay quien dice que Joaquín Murrieta era forastero.

—¡Mentira! Murrieta era californiano, señor —el orgullo nacional del hombre parecía gravemente dañado con la insinuación.

—Es posible que lo fuese, después de todo —rió Marty Rhy—. Los que aseguran lo contrario, tampoco saben lo que aseguran.

Eso no quería decir nada, pero el barman se conformó. Incluso le sirvió sin demasiados gruñidos, un alto vaso de *whisky* con soda y hielo, que a Rhy pareció gustarle cuando lo paladeó.

—No está mal —dijo por fin, chasqueando la lengua—. Cuando me lo beba, seré capaz de buscar la partida de nacimiento de su héroe nacional Murrieta. Y de encontrarla, claro.

—Usted merecía ser californiano —rió el barman—. Tiene un sentido del humor que me agrada.

—Me han dicho eso en muchos otros sitios, hermano —suspiró Rhy—. Menos en mi propia tierra, claro. Allí, ni siquiera quieren recordar que un tipo llamado Marty Rhy nació en semejante lugar. Lo malo es que el pretender ignorar la vergüenza local, no les excluye de ella. Es mi pequeña satisfacción personal.

—Buena venganza —el barman lanzó una risita divertida—. Una pregunta, señor. ¿Ha venido por mar?

—Sí. Siempre me gusta ir por mar a los sitios. Una vez, incluso, quise llegar por ese camino a Denver, Colorado. Les costó convencerme de que allí no podía irse por agua, por la sencilla razón de que sólo conocían el agua de los grifos.

—No cabe duda de que es usted todo un tipo. Pero no le sorprenda demasiado que le pregunte eso. ¿Sabía que hoy he recibido la visita de un agente artístico de Hollywood?

—¿Hollywood ha dicho? Me suena eso. ¿No hay un lugar así,

donde hacen conservas de celuloide, para atrasados mentales?

—Justamente —el barman soltó una carcajada—. Ha dado usted con la frase justa. Pero no la repita, si no quiere que le linchen. El noventa y cinco por ciento de nuestro país se desmaya ante la voz de Frank Sinatra, el físico de Rock Hudson o los encantos anatómicos de Marilyn Monroe o Jayne Mansfield. Le considerarían un loco si hablase así de su dorado mundo.

—Sí, eso pasa en todas partes —suspiró Marty Rhy—. El nivel intelectual de nuestra época, es realmente deplorable.

—¿A usted no le gusta el cine?

—¡Cielos, no! —Se estremeció Rhy—. El cine, el deporte y la prisa, son las tres majaderías que dominan a la pobre gente de nuestro siglo. Procuro que ninguno me afecte.

—Pues usted tiene aspecto de deportista.

—Una cosa es cultivar una afición deportiva, y otra pagar por ir a ver practicar deporte a otros.

—Tiene respuesta para todo —suspiró el barman—. Como le decía, he recibido la visita de un agente de Hollywood.

—Ya. Usted se parece algo a Van Heflin. ¿Va a debutar en el cine tal vez?

—No me haga reír. ¿Yo? —La idea despertó su hilaridad—. Ese hombre no venía a buscarme a mí. Iba en pos de un nuevo galán para una película que se iniciará pronto en San Diego. Un film de aventuras en el mar y todo eso. Necesitan un actor joven, atlético, bien parecido, y que sepa conducir un yate.

—Supongo que encontraría muchos así en Long Beach^ ¿no es cierto?

—Pues no, no es cierto. Buscó hasta fatigarse. No encontró ni el yate apropiado, ni el hombre que necesitaba. Se fue irritado. Yo le recomendé que buscara en Newport Beach, donde hay bastantes yates y motoras siempre. Se fue para allá, con un descapotable «Cadillac», azul crema, realmente impresionante. Dijo que no quería actores profesionales, sino un tipo nuevo, especial, que fuese capaz de interpretar el personaje de un contrabandista moderno, con total propiedad, y convenciera a la gente, sin apelar al físico de un actor demasiado célebre.

—Eso, es evidente que revela algo de inteligencia por parte de los que planean la película. Pero ¿puede saberse por qué me está

contando a mí todo eso?

—Porque al verle entrar, se me ocurrió que usted... podía ser el perfecto personaje requerido. Joven, atlético, bien parecido, navegante... y quizá convincente con aire de contrabandista.

El barman enmudeció. No se sabía si porque había dicho todo cuanto tenía que decir o a causa de la pistola automática que había aparecido, como por artes mágicas, en la mano del forastero.

La pistola apuntó hacia el barman, por encima del mostrador, y una fría mueca, que tal vez fuera una sonrisa, asomó a los labios del forastero.

—¿De dónde ha sacado esa bonita idea, hermano? —preguntó—. ¿Quién le dijo que yo soy un contrabandista?

—Na... nadie... —Silabeó roncamente el empleado del bar—. Le aseguro que yo no he pretendido ofenderle, señor... Solo... sólo decía lo que ha sucedido...

—No me venga con cuentos, muchacho. No me gusta que me llamen cosas raras, sin venir a cuento.

—Yo no le llamo nada, señor... Es... es sólo eso. El buscaba un actor especial. Y un yate también muy especial Encontró muchos, pero todos eran grandes o demasiado pequeño, viejos con exceso, o modernos en demasía. No sé lo que andaba buscando. El no quiso decirlo.

—Recuerdo que Errol Flyn se hizo famoso con algo así. Cuando filmaban «Rebelión a bordo», en Tahití, llegó con su yate y le contrataron. Pero cosas así, sólo ocurren una vez. No creo que se repitan fácilmente.

—En Long Beach, pueden ocurrir las cosas más sorprendentes, señor. Estamos demasiado cerca de Hollywood, y demasiado lejos de muchos sitios. Los «caza-talentos» vienen aquí con frecuencia.

—¿Y cazan algo? —rió Marty.

—A veces, sí —dijo alguien a su espalda.

Marty se volvió en el asiento. Encontróse con un hombre enjuto, largo y huesudo, cuyo traje *beige*, de hilo, contrastaba terriblemente con una indescriptible corbata ancha, de mil colores, dignos de una ensalada confeccionada por un cocinero loco. Sobre la cabeza ovalada, se empinaba cómicamente un sombrero de tenue fibra color marfil, con banda de un verde oscuro.

—Permita que me presente —dijo, inclinando la cabeza,

sonriente—. Mi nombre es Herman Oates. Soy «cazatalentos» de la Western Pictures de Hollywood.

Se volvió al barman, con su sonrisa ampliada, y declaró:

—Por cierto, amigo, que en Newport Beach no encontré nada de nada... —Miró de reojo a Marty y añadió—: Usted me interesaría, sin embargo... si tuviera un yate y supiera manejarlo.

—Tengo un yate —dijo con sencillez, encogiéndose de hombros.

—Me refiero a un yate, como el que acabo de ver anclado en el embarcadero ahora. Uno llamado «Blondie». Es justamente lo que andamos buscando. Claro que si su dueño nos lo alquilase, usted podría...

—El «Blondie» es mío —remachó Marty Rhy, tajante.

—¡Magnífico! —masculló Herman Oates—. En ese caso, estoy dispuesto a ofrecerle un ventajoso contrato. Actuar en una película, alquilar el yate a mi productora y...

—Espere un momento, amigo —cortó Rhy, con sequedad—. No me gusta el cine, no me gusta ser actor, y no me gusta que otras personas tengan autoridad sobre «Blondie», ¿ha entendido?

—Perfectamente, señor. Su yate es un ejemplar moderno, europeo, realmente difícil de hallar en nuestro litoral. Le concederíamos que fuese el único con autoridad y dominio sobre él, durante el rodaje de la cinta. Además, le pagaríamos bien, señor.

—No, no. A pesar de eso, no me interesa —sonrió Marty, obstinado, meneando la cabeza de un lado a otro—. Tengo otros problemas que resolver, amigo. Cosas serias, como es el terminar de pagar mi yate, antes de que me lo embarguen, y solventar mis deudas privadas de todas clases. No puedo perder el tiempo con el cine. Antes de un mes, necesito obtener sesenta y cinco mil dólares, que es lo que debo con total. Como verá, no es ninguna tontería fácil de adquirir.

—¿No? —Oates rió larga, estridentemente—. Señor, mi oferta es ésta: setenta y cinco mil dólares por su yate y por usted, durante un período de veinticinco a treinta días. Con gastos pagados, suplementos y compensación de posibles deterioros, etc.

Marty Rhy parpadeó. Eran pocas las cosas en el mundo que le pillaban por sorpresa. Y ésta era quizá la mayor de todas.

Pero sabía reaccionar a tiempo y sin vacilaciones demasiado largas, por sorprendentes que fueran las circunstancias. De modo

que respondió prestamente, sin una sola duda:

—Aceptado en esas condiciones, señor Oates. Ni un centavo menos de setenta y cinco mil. Marty Rhy, a su disposición..., aunque sea para el cine —y se estremeció, al añadir esto último.

El barman rió de buena gana al oírle.

—Las torres más altas, pueden caer —comentó, limpiando el bruñido mostrador innecesariamente, con un guiño dirigido a Rhy—. Pero la verdad, amigo. Por setenta y cinco de los grandes, incluso vendería mi propia alma...

—Mal hecho —sentenció, con severidad, el joven—. El alma nunca se vende. Ni siquiera a un productor de cine, recuérdelo...

CAPÍTULO II

Así entró Marty Rhy en el mundo del cine.

La película que rodaba la Western Pictures, no era del Oeste, como el nombre de la productora podía hacer erróneamente creer. Por el contrario, era un tema policíaco completamente estúpido escrito por algún deficiente mental de la Sección de Argumentos, y aceptado por otros deficientes mentales, que serían los productores que arriesgaban sus dólares en semejante bobada.

—¿Le gusta el guión, Rhy? —preguntó Herman Oates, cuando Marty cerró el volumen de hojas mecanografiadas que utilizaba en el rodaje del film.

—No —se estremeció Marty, echando a un lado el mismo con un suspiro—. Es abominable.

—Pienso lo mismo —se quejó Oates—. Pero nadie me hace caso. Aquí, nadie hace caso de nadie. Será mejor que si alguien le pregunta, en lo sucesivo, si le ha gustado ese guión le diga sin vacilaciones que es magnífico, y que espera que sea una gran película.

—¿Bromea, Oates? Será una película nauseabunda. No hay por dónde cogerla, diablos. ¿Cómo puedo decirle a nadie que «eso» va a ser bueno, por muy bien que lo filmen?

—Porque usted cobra setenta y cinco billetes grandes, Marty. Y porque hay que tener un mínimo de educación y de diplomacia —se irritó Herman Oates—. ¿Qué sucedería, si todo el mundo anduviese por ahí, diciendo la verdad?

—Las cosas irían mucho mejor, Oates —comentó entre dientes Rhy, incorporándose del asiento que Oates le ofreciera, en el fresco y bien cuidado jardincillo de su *bungalow* en Long Beach, junto a la piscina en forma de «pique» de la baraja, de aguas coloreadas y

limpias. Paseó, haciendo crujir el suelo de gravilla, bajo sus zapatos blancos, de suela de crepé—. Y escuche esto: yo no cobro setenta y cinco mil por mentir. Cobro por mi trabajo. Y por mi yate. No admito imposiciones en mi propio criterio. Me gusta decir siempre lo que siento, si lo considero oportuno. Solamente digo algo diplomático o educado cuando me parece que es lo más piadoso... o lo más conveniente.

—¿Conveniente para quién? —arguyó agudamente Oates.

—Para mí, en primer lugar. Para los demás, en segundo —rió con cinismo Rhy, balanceándose con las puntas de sus pies en el reborde de mosaicos negros del «pique» de agua verde que formaba la pileta—. El que antes no mire por sí mismo, y luego por otros, es tonto de remate.

—Su egoísmo resulta monstruoso, Rhy.

—No, no. Sería monstruoso, si fingiera lo que no siento. El que es egoísta y lo admite en público, es simplemente un ser humano que se niega a ser tan hipócrita como los demás.

—Bien, usted gana —dijo Oates, encogiéndose de hombros—. Sea usted como quiera, y diga lo que guste, Rhy. Pero le auguro que las cosas le irán mal en Hollywood, si sigue pensando y obrando así. Es una ciudad rara, llena de gente rara.

—Bueno. También yo soy raro. Y no me gusta Hollywood en absoluto, ni me gustan los engendros que hacen en celuloide su pandilla de deficientes mentales y sus actores con «Mafia» particular.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó Herman Oates, pegando un respingo.

—Usted lo entiende muy bien, o no sería «caza —talentos» ni nada de eso— rió Marty Rhy. —Una vez tuve un amigo que quiso abrirse paso en Hollywood. Tenía una esposa bonita, que logró empleo como *script*; antes que él como actor. Finalmente, su mujer dijo que había hablado con Fred Deledda, el actor-cantante, que protagonizaba la película en que ella estaba actuando. Su esposo, gratamente sorprendido, supo que tenía un papel, tras una prueba sencilla. El pobre diablo creyó que todo aquello era de buena fe. Hasta que supo el precio que su esposa estaba obligada a pagar por ello. Y lo malo es que la mujer parecía conforme, y pidió al divorcio de su marido. Aquello arruinó la vida de mi amigo. Fue a

encontrarse con Deledda en un lugar donde rodaban exteriores. Era tan ingenuo, que pensó en poder resolver las cosas cara a cara, y sin intermediarios, con aquel galancete de aire latino y aspecto de *gángster*. Usted, que está metido en el cine, debería de saber cómo terminó la cosa.

—La verdad, lo ignoro —dijo Oates, muy nervioso—. No me ocupo nunca de chismorreos de...

—No son chismorreos —atajó Marty, con sequedad—. Es lo que le pasó a un amigo mío, que era más hombre que Fred Deledda. Pero que no tenía sus películas, sus discos, sus influencias, sus negocios y su pandilla de amigos, en forma de una especie de «Mafia» o agrupación. Todos los amigos de Deledda son de su especie. Y no me diga que tampoco sabe eso. Están entecados hasta los niños de pecho, Oates.

—Sí, eso lo sé. Pero no sé por qué hablamos de ello...

—¿También teme a la «*vendetta*» del guapo Deledda? —rió Marty, sarcástico—. Me asombra usted, Oates.

—No, no temo a nadie. Sólo que no me gusta hablar de asuntos desagradables.

—Bueno. Al menos, admite que son desagradables. Ya es algo —meneó la cabeza, afirmativo, con un brillo peligroso en sus ojos entornados, fijos en algún lugar indeterminado del quieto aire del jardín—. Lo cierto es que también aquello fue desagradable. Muy desagradable. Deledda se burló de mi amigo. Luego, éste quiso abofetearle. Creo que llegó a hacerlo. Deledda no dijo nada, no hizo nada. La gente como él son cobardes, después de todo. Pero su pandilla de amigos obró por él. Un grupo de auténticos rufianes ricos, bien vestidos, influyentes también. Y leales vasallos del «amo». Cuando mi amigo volvía a casa, desesperado, detuvieron su coche, fingiéndose borrachos. Le dieron una paliza brutal. Y le dejaron en una calleja, rociado de *whisky*, y con el rostro deshecho. Encima de sufrir el palizón, fue encarcelado como beodo. Hermoso todo, ¿eh, Oates? Mi amigo se quedó sin esposa, sin dignidad, sin trabajo, y con huellas en su cara que le durarán tanto como puede durarle a Rocky Marciano el rastro de un K. O. en lucha por el título mundial. Eso pasó hace tiempo. Mi amigo se fue de Hollywood. Creo que ahora tiene un restaurante en Macao. Así terminó su aventura en esa maldita ciudad.

Herman Oates permaneció callado, taciturno. Evidentemente, no le gustaba lo que le pasó al amigo de Marty. Pero aún le gustaba menos hablar de toda ello. Y Rhy sabía por qué. Fred Deledda era la razón. El reyezuelo de los actores del cine, el dictador de segunda clase que imponía la ley de sus ascendientes sicilianos.

—Sí, Oates. Hollywood es un lugar hermosa. —Rhy escupió a la grava, entre sus pies—. Por eso han necesitado setenta y cinco mil para retenerme en él.

—No debe quejarse, Rhy. Que a otros les haya ido mal, no es razón para que usted se lamente de su propia suerte. No todos tienen una oportunidad así de recibir una cifra tan fuerte... libre de impuestos, ya que pagaremos nosotros lo correspondiente al fisco. Hollywood también sabe ser generoso a veces.

—Sí. Y yo me pregunto cuándo y cómo pasará su factura, para cobrarse esa generosidad —dijo Marty entre dientes, con expresión sardónica—. ¿Y sabe una cosa? No encuentro respuesta, y ello no me gusta nada. La verdad, no debí volver de Oriente. Ni debí aceptar su contrato.

—Si tanto se lamenta por ello, puede anular el contrato todavía —dijo Oates, dolido.

—No, no. Eso es lo malo. Puesto que volví de Oriente, debo ganar dinero. Usted me lo ha ofrecido. Y, aunque me repugne, me quedo. Está decidido. Después de todo, también hay quien se dedica a embalsamar cadáveres para ganarse la vida. Esto no es mucho mejor, pero tampoco es peor...

Herman Oates meneó la cabeza con desaliento. Evidentemente, una de las cosas que no estaban a su alcance, era domar a aquella especie de fiera indómita y agria que se llamaba Marty Rhy.

—Espero que Hollywood pueda con usted —observó entre dientes, sacando un cigarro habano del bolsillo, y cortándole la punta de un mordisco—: Hubo otros rebeldes antes. Y todos perdieron la partida. Hollywood es fuerte.

—Y yo también. A Hollywood le costará mucho derrotarme. Si es que me derrota...

Oates escupió la punta del cigarro. No pareció importarle que fuese a parar a las límpidas aguas de la piscina. Vio cómo se alejaba Marty Rhy, atlético, fuerte y seguro de sí mismo.

El agente artístico de la Western Pictures se dejó caer en la silla

de lona plegable, con expresión pensativa. No parecía sentirse demasiado feliz.

* * *

Era el primer día de rodaje.

Marty Rhy fue presentado a Sam Fletcher. Recordaba su nombre vagamente. Había visto escrito algo parecido en los «créditos» de principio de muchos films mediocres. Era el hombre encargado de dirigir la película.

Sam Fletcher tenía unos cincuenta y dos o cincuenta y cuatro años. Era recio, ancho, de manos grandes y expresivas, cráneo con escasos cabellos grises, ojos agudos, de un gris desvaído, y nariz semítica. Vestía un horrible «mambo» rojo, azul y amarillo, que le sentaba como un «bikini» a una dama del Ejército de Salvación.

—Espero que nos de usted un buen resultado, Rhy —fue lo único que comentó Fletcher al estrechar en mano—. Tiene usted buena planta. Y un bonito yate. Es todo lo que nos hace falta por el momento.

—Creí que querían un actor —observó sarcásticamente Marty.

—¿Un actor? —Sam Fletcher le miró de hito en hito. Parecía sorprendido. Como si aquella palabra no fuese demasiado corriente en Hollywood—. Oh, en cierto modo, sí. Pero no se deje engañar por las apariencias. El cine es una industria muy especial. Rhy. Si cada vez que uno necesita un actor, se dedicara a buscarlo, se haría el siete por ciento de películas de las que actualmente se hacen...

—Y eso saldría ganando el público, ¿no cree? —rió Marty.

—Joven amigo, será mejor que se guarde esos comentarios en lo sucesivo —avisó fríamente Fletcher, ajustándose unas gafas oscuras que pronto cabalgaron sobre su acentuada nariz—. Lo que importa que gane, es la industria. El público, es sólo un medio de ingresar dólares.

Marty Rhy comprendió que su observación no había gustado a Sam Fletcher, el realizador de «En el litoral», que era como se titulaba provisionalmente el film. Pero eso le tuvo perfectamente sin cuidado.

—Señor Rhy, vaya al Departamento de Maquillaje —avisó un hombrecillo moreno, enjuto y nervioso, con un voluminoso

ejemplar del guión en sus manos—. Entra usted en rodaje en la próxima escena.

Marty afirmó. No le gustaba en absoluto la idea de maquillarse. Pero eso formaba parte del trabajo, a fin de cuentas. La película era en color, en pantalla ancha y todas las restantes majaderías que se les ocurriera a los realizadores, para disfrazar un poco la solemne bobada que era el guión.

El Departamento de Maquillaje, se hallaba enclavado provisionalmente, y mientras durasen los exteriores en Long Beach, en una especie de caseta o pabellón marítimo, al final del embarcadero típicamente californiano, donde ahora se hallaba anclado «Blondie», en espera de intervenir en la acción.

Un gran cartel pintado con brillantes colores, indicaba:

«MAKE UP. —WESTERN PICTURES—

ANDREA DEVIN MOVIES

MAKE-UP».

El nombre de Andrea Devin no le dijo absolutamente nada. Se preguntó luego, al sentarse en una especie de sillón de dentista, frente a un juego de tres espejos, y una luz artificial, cruda y cegadora, si sería aquella rubia bien formada, de curvas espléndidas bajo la bata color fresa, y diestras manos maquilladoras en las que fue depositado, la tal Andrea Devin. Al menos, llevaba ese nombre, en letra cursiva, bordado en azul sobre la tela fresa, a la altura de su agresivo seno.

—No piense mal —observó Rhy, al descubrir que ella le había sorprendido en la ojeada—. Sólo miraba hacia su nombre bordado...

Ella sonrió. Tenía una boca bonita, unos labios gordezuelos y rojos, y no precisamente obra de un maquillaje. El cabello, de un dorado suave, caía en ondas sobre su rostro ovalado, de un suave tono bronceíneo.

—No soy Andrea Devin —dijo con voz levemente afectada. Como si hubiera sido actriz o cosa así—. ¡Qué más quisiera yo, señor Rhy!

—Todo el mundo conoce mi nombre. Y yo no conozco a nadie...

—Es natural. Usted figura en mi plan de trabajo. Soy sólo una

empleada. La que le maquillará cada día, mientras dure su labor en la película. Le felicito, señor Rhy.

—¿Por qué? ¿Por ser usted la que me maquille? —rió Marty—. Gracias, preciosa.

—No, no lo digo por eso. ¿Tan presuntuosa me imagina? —Le echó suavemente atrás la cabeza, sobre una especie de cabecera superpuesta en el respaldo del sillón, y comenzó a aplicarle algo graso y pastoso sobre la cara—. Le felicito porque sé cómo fue contratado. A eso le llamo yo suerte.

—¿De veras? ¿Y por qué le llama suerte?

—Oh, por Dios. ¿Y me lo pregunta?

—Pues sí, se lo pregunto.

—Verá, señor Rhy. Es más difícil de lo que parece meterse en el cine. Y usted, sin buscarlo, se vio en él. Y con un buen papel, se lo aseguro.

—¿Buen papel? ¿A eso le llama buen papel? —La miró, horrorizado. Quiso mover la cabeza, pero ella le empujó suavemente de nuevo, manteniéndole quieto.

—No dificulte mi labor —avisó ella—. Puede hablar igual sin moverse.

—Supongo que en estos momentos, debo obedecer. Usted manda, ¿no?

—Eso es.

—Aquí, siempre manda alguien. Ahora usted, luego Fletcher, después Oates, más tarde el productor, y por fin el público. ¿Cómo pueden vivir ustedes en este mundo de locos?

—La disciplina no es una locura —sonrió ella, extendiendo con destreza la pasta sobre su cara, con un juego ligero y suave de las yemas de sus dedos, que casi producía somnolencia—. ¿Qué le pasa, señor Rhy? ¿No le gusta trabajar en el cine?

—No.

Ella le estudió. Acaso se preguntaba si era un ser humano o un invasor de Marte.

—No lo entiendo —dijo por fin, siguiendo con el maquillaje.

—¿El qué no entiende?

—Eso de que no le guste el cine.

—¿Tan raro le parece?

—Sí, muy raro. Aquí, miles de personas suspiran por un

papelito, por una oportunidad, sea la que sea. Muchos, darían años de vida o venderían su alma al Diablo, por un papel como el suyo, y por una cifra como la que usted cobra. Pero sobre todo, y más que por ninguna otra cosa, aquí se vive y se muere por un papel cinematográfico, por aparecer en la pantalla...

—Se vive y se muere —la miró de soslayo, desde su forzada inmovilidad—. Curiosa frase.

—Usted, parece poco entusiasmado por el trabajo. ¿Trabaja acaso por el dinero solamente?

—Eso es. Por lo que trabaja el noventa y nueve por ciento de la Humanidad. El otro uno por ciento, es Hollywood, evidentemente.

—Acertó... —La joven tuvo una sonrisa burlona. Pero sin saber por qué, Marty estuvo seguro de que existía una cierta amargura en los ojos verde-grises de la joven maquilladora—. ¿Sabe una cosa? Me hizo gracia que me confundiera con Andrea Devin.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Oh, porque Andrea Devin es alguien de tanta fama como Max Factor, Elizabeth Arden o Jacques Fath. Posee una de las primeras industrias de maquillaje y cosméticos de los Estados Unidos, con central en Hollywood, naturalmente. Y factorías incluso en Oriente. Es una mujer famosísima, una especie de magnate con faldas, que rezuma billetes de mil dólares, popularidad y orgullo. Nadie tan opuesta a ella como yo, señor Rhy...

—Entonces usted, ¿cómo se llama?

—Wanda. Wanda Leigh...

—Bonito nombre. Y muy sonoro. ¿Por qué no se dedicó al cine? Hubiera sido «estrella» en poco tiempo, estoy seguro.

—Usted no conoce Hollywood. Si no, no hablaría así. ¿Se cree que fui a esa ciudad para maquillar a los famosos?

—Entiendo. Buscó la popularidad, la pantalla de plata y todo eso...

—Sí, lo busqué. Pero eso fue todo.

—¿No le dieron una oportunidad? —se sorprendió Marty—. ¿Con su físico, su juventud?...

—Hollywood está lleno de muchachas jóvenes, de físico sugestivo. Y pocas llegan. Tuve una oportunidad, no puedo negarlo. Me dieron un papel en «Música y canciones».

—Creo que vi la película. Pero no la recuerdo a usted...

—No llegué a hacerlo. Rodé dos días. Luego, el hombre que me proporcionaba el papel, quiso cobrarse el favor. Usted lo entiende, ¿no?

—Sí, claro. —Marty apretó los labios con firmeza—. No soy un gran aficionado, pero esa película la protagonizó Fred Deledda, ¿no es cierto?

—E o es.

—¿Y fue él quien...?

—Sí. Fue él. ¿Cómo lo supo, señor Rhy?

—Oh, he oído cosas de ese tipo... —La miró, mientras ella se secaba las manos en un tisú, para embadurnar luego los dedos en otra pasta que iba sobre la de fondo—. ¿Usted le rechazó?

—Claro. No quería ser una *Starlett* del montón, a costa de algo así. Ni tampoco una famosa estrella. Otras han llegado de igual forma, lo sé. Pero tengo mi propio modo de pensar al respecto.

—Entiendo. No aceptó el precio. Y no hizo el papel.

—Justamente.

—¿Sabe una cosa? Esta industria empieza a producirme náuseas. Y, en particular, un tipo llamado Fred Deledda...

—Entonces, todo va a ser peor para usted —sonrió la joven, dominando su amargura.

—¿Peor? Sí, supongo que va a ser bastante malo. Pero procuraré, mientras esté en Hollywood, que no me presenten a Fred Deledda. Creo que no resistiría la tentación de romperle la nariz a golpes.

—Se libraría usted mucho de hacerlo, señor Rhy. Tiene un *clan*. Un grupo de amigotes que...

—Lo sé, lo sé. Pero no creo que eso me detuviera, llegado el caso.

—No sé por qué, señor Rhy, me parece que usted ignora algo, a pesar de estar ya a punto de meterse en rodaje...

—¿Ignorar? ¿El qué, mi preciosa señorita Leigh?

—Que Fred Deledda es, precisamente, el protagonista de esta película..., y usted tiene casi todas sus escenas con él...

CAPÍTULO III

Y lo malo de todo, es que era verdad.

—Venga, Rhy. Le voy a presentar a su *partenaire* en las primeras escenas... —decía Sam Fletcher, el director, cuando Marty regresaba junto a las cámaras y «espejos» de lata para refractar la luz solar convenientemente, según las exigencias de cada plano—. Se trata de Fred Deledda, el «astro» más taquillero del año...

Marty había sentido algo parecido, una vez que le sentaron mal unos mariscos, en las costas de China, y tuvieron que darle litros de leche para combatir el daño. Avanzó hacia el hombre que acababa de descender de un suntuoso «Cadillac» color blanco y rojo, y que se entretenía en quitar unas imaginarias motas de polvo de su impecable terno *beige* y ocre, con camisa marrón, zapatos color avellana y pañuelo al cuello, de un color limón pálido.

Aquel figurín era Deledda. El latino, enjuto y altivo Deledda de las películas comerciales y de las leas aventuras privadas. Fred Deledda parecía tan interesado en conocer a su *partenaire*, como en estrechar la pata de un caimán.

Se estaba mirando los zapatos de inmejorable piel, y un mechón de pelo negro-azul, barría su frente amplia y tersa. No era feo ni guapo. Era sencillamente viscoso, pensó con ira Marty Rhy.

Le separaban solamente unos veinte pasos del actor, cuando algo salvó la situación. Una voz llamó, estridente:

—¡Fred! ¡Fred querido! ¡Al fin te dignas aparecer!

Fred Deledda se volvió en redondo, y sonrió como acostumbraba a hacerlo ante las cámaras, para atontamiento de las *teenagers* de todos los Estados, y algunas histéricas de Europa.

—¡Gladys! —saludó, con voz pastosa, la misma voz famosa en todo el mundo—. Mi querida Gladys, me he apresurado todo lo

posible, desde que supe que eras tú la «estrella» de «En el litoral»...

Gladys Vernon apareció. Era otra famosa de Hollywood. Una actriz mediocre, pero bonita, provocativa y sensacionalista. Tenía un jefe de publicidad hábil, y un sentido personal de la propaganda bastante eficaz. Además, poseía una anatomía generosa, y no le importaba exhibirla en donde fuese. Eso, influía bastante en su celebridad. La gente, incluso había llegado a creerse que era buena actriz. Se decía que Hollywood iba a concederle el «Oscar» aquel año. Y eran capaces de hacerlo, además.

Gladys y Fred se estaban abrazando. Se besaban también. No podrían hacerlo con mucho más calor ante las cámaras. Marty observó que el fotógrafo de la productora tomaba rápidamente unas instantáneas. Después de todo, quizá fuera sólo publicidad preparada. A Marty no le sorprendía ya cosa alguna de aquel mundillo absurdo y disparatado, que parecía haber roto con la sinceridad desde el momento mismo de ser creado.

—Algún día, mataré a ese hombre —dijo alguien, unos pasos detrás de Marty Rhy, que se volvió rápidamente.

* * *

Estaba maquillado el que hablaba. Por tanto, era un actor. O una de las muchas parodias de tal que pululaban ante los focos. Sin embargo, Rhy tuvo la inmediata impresión de que el que profiriese la espontánea amenaza, era realmente un «actor».

No podía decirse que fuera joven, aunque nadie la señalase como viejo. Podía tener casi cincuenta, y aparentaba unos cuarenta y dos años. Era alto y fuerte. Tenía cabellos oscuros, quizá teñidos, con unas salpicaduras de canas en las sienes, que aumentaban su interés. Facciones correctas, casi británicas, frente surcada de arrugas, y boca enérgica. Resultaba distinguido y correcto. Rhy le miró. Había visto durante su vida a muchos asesinos distinguidos y correctos.

—¿A quién matará? —preguntó Marty.

—A Fred Deledda, señor Rhy —informó el otro, sin quitar sus ojos, oscuros y fríos, de la pareja formada por la morena y seductora Gladys Vernon, y su compañero de trabajo, Deledda.

—Vaya —suspiró Marty—. Siguen conociendo mi nombre todos.

Y yo, no conozco el de nadie.

El hombre apartó su mirada de Deledda. Incluso tuvo fuerzas para sonreír, aunque no fuera un dechado de espontaneidad la sonrisa lograda.

—Me llamo Duke. Duke Hampton —informó.

Ahora entendía Marty. Duke Hampton era alguien en Hollywood. Y lo había sido también en Broadway, antes de su declinar artístico. Un buen actor teatral, pasado al cine cuando sus problemas sentimentales le hicieron perder la seguridad, la memoria y la firmeza que requiere actuar en un escenario, a cara limpia con el público. Hacer cine, era otra cosa bisa diferente.

Pero Duke Hampton mantenía su personalidad en el cine. Sus papeles eran siempre de hombres maduros, aristócratas o magnates, grandes actores o célebres políticos. Evidentemente, era otro en el reparto de la cinta. Pero eso no explicaba su amenaza.

—Es peligroso decir cosas así, aunque sean en broma —observó suavemente Marty.

—No lo dije en broma.

—¿No? Pues aún resulta más peligroso, Hampton. ¿Por qué ha de querer matar a Deledda?

—Es cosa mía —miró fríamente a Gladys Vernon. No, el abrazo de la dama y el galán, no parecía ser exactamente la causa de su odio—. Sé que tengo que matarle. Tarde o temprano lo haré.

—Deledda no goza de muchas simpatías —dijo Rhy, como al azar—: Suponga que otro le matase. Usted se vería en un lío para explicar su inocencia, tras esas palabras.

—No me importa. Si Deledda muriese, todo estaría bien.

—Allá usted. —Marty se encogió de hombros—. Yo solamente le advertía. Porque me pareció que era a mí a quien usted confesó esas intenciones tan serias.

—No, no era a usted. Hablaba conmigo mismo. A veces, cuando lo hago elevo demasiado el tono de voz. Sobre todo, si me refiero a Deledda. No puedo evitarlo.

—Sigue siendo peligroso. ¿Actúa usted en esta película, Hampton?

—Sí. Y por lo que sé, usted también. Es el que ha de poner el yate al servicio de la película —sonrió torcida, extrañamente—. Me gustaría ser yo quien llevara el yate...

—¿Por qué?

—Va a rodar en alta mar, con Deledda a bordo. ¿Se imagina lo fácil que sería tirarlo por la borda?

Rió entre dientes, y se alejó lentamente, moviendo su cabeza con aire reflexivo.

Marty Rhy se estremeció. No le gustaba aquello. Cuando la gente piensa en matar, no se puede vivir tranquilo, Hay algo podrido en el ambiente, contamina a todos. Como un fruto pasado, entre otros aún jugosos.

—¡A rodar, muchachos! —avisó la voz estentórea de Sam Fletcher, desde uno de los embarcaderos—. ¡Deledda, Rhy, Gladys...! ¡Entráis todos en rodaje ahora! ¡Preparaos y dejad la charla para otro rato!

Marty suspiró, echando a andar hacia el lugar donde ya se situaban las cámaras, los espejos de lata para enviar los rayos solares a los puntos prefijados por el cameraman, el sonriente y larguirucho Andy Parrish, con su cabellera de panocha y su rostro pecoso tras los objetivos del cinemascope.

Pero estaba vi lo que todo iba a sufrir demoras aquel día. Primero, fue la presentación de Marty Rhy a Deledda. Ahora, el rodaje del film.

Sam Fletcher volvió la cabeza antes que nadie, al sentir el chirrido de frenos ante el embarcadero. Un largo automóvil se detuvo al borde de la amplia acara, y un hombre saltó de él, acercándose con paso rápido al lugar donde se disponían a rodar.

Marty observó algo que no le gustó. En la portezuela del coche, había un escudo y una inscripción:

«POLICIA METROPOLITANA DE LOS ANGELES. DEPARTAMENTO DE LONG BEACH».

Si aquel tipo fornido, de cabeza maciza bajo el flexible gris, y andares largos y sonoros, no era un policía en acto de servicio, es que él no conocía a la gente. Y por cierto que Sam Fletcher también debía tener sus temores, porque miró de hito en hito al hombre que se aproximaba, sin la menor confianza ni simpatía en el rostro.

—Hola, Fletcher —saludó el policía, plantándose frente al grupo de cineastas—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Como siempre, teniente Benson —dijo con sequedad el director—. ¿A qué debo el honor de su visita? ¿Va a vernos rodar

tal vez?

—Sabe que yo no puedo perder el tiempo en esas cosas, Fletcher.

—¿Entonces...?

—Vengo en cumplimiento de mi deber. Anoche pasó algo en Beverly Hills. Y yo me cuido de investigarlo, Fletcher.

—¿De veras? —El director le miró con asombro—. No logro entenderle, teniente. ¿Qué pudo suceder en Beverly Hills, para que usted venga aquí ahora?

—Hubo una fiesta en casa de una *Starlett* que empieza a destacar ahora. Se embriagaron muchos. Y otros hicieron algo más que embriagarse. Se drogaron, Fletcher.

—¿Se... drogaron? —Pálido, el director tragó saliva. Miró alrededor, a la inquieta Gladys Vernon, al imperturbable y sonriente Fred Deledda, al tensa Duke Hampton, al nervioso Andy Parrish, y al escudriñador Marty Rhy, como buscando apoyo en alguno de ellos. No lo encontró, y prosiguió, volviendo el rostro hacia el teniente Benson—: Bien, teniente... ¿Y qué tengo que ver yo en eso?

—No he dicho que tenga usted nada que ver, Fletcher —avisó lentamente el policía—. Sólo que venía aquí a causa de ese asunto.

—Sigo sin entenderlo. ¿Alguien de mi grupo de colaboradores y de personal tal vez...?

—Sí —asintió, meneando de arriba abajo su maciza cabeza—. Eso sí, Fletcher. Tengo que arrestadle, Deledda.

Fred Deledda ni siquiera parpadeó. Sarcástico, insultante, mientras todas las miradas, incluida la del teniente Benson, se centraban en él, sepultó sus manos en los bolsillos del pantalón e inquirió secamente:

—¿Por qué, teniente?

—Ya le he dicho que se drogaron algunos. Entre ellos, la muchacha. Esa *Starlett* que empezaba. Lucy Lavern. Ella estaba, protegida por alguien, ¿no? Alguien que pagaba sus cuentas, le regalaba pieles, joyas y coches, y le había comprado el apartamento.

—Soy soltero, teniente —avisó con una risa burlona Fred Deledda—. ¿Cómo va a acusarme porque mantenga a una chica? Suponga que Lucy Lavern y yo nos casamos en breve. Es mi prometida. Y no puede demostrar lo contrario...

—Veo difícil que se case con ella, temprano ni tarde, Deledda —avisó duramente el policía—. La chica se drogó tanto anoche, que ha aparecido muerta en su alcoba...

* * *

La encuesta fue breve. El *coroner* no ahondó demasiado. Además, el día anterior fue el del funeral por Lucy Lavern. La que había sido rubia y sugestiva *Starlett*, no era ahora gran cosa. Solamente un cuerpo debidamente pasado por la autopsia del Departamento de Medicina Forense de Los Ángeles. Encima, tenía una losa con un epitafio muy cinematográfico, que le dedicaban «sus amigos de Hollywood», en ausencia de sus padres.

Marty Rhy supo que la chica era de Alabama, y que sus padres ni siquiera tenían dinero suficiente para emprender viaje hasta California, ni nadie se molestó en ofrecérselo desde el dorado mundo del «cine». Acaso alguien mandaría un cheque a Alabama, por una cantidad de dinero. Sería como poner precio a una vida. Y a un silencio cómplice, aunque viniese de unos padres provincianos, que ignoraban mucho sobre Hollywood y sobre su propia hija muerta.

Rhy encontró en el restaurante cercano a la Western Pictures en Hollywood, muchas caras conocidas. Cada cual procuraba olvidar el mal rato del funeral y de la brevísima encuesta, ante un plato de viandas o un combinado. Se sentó solo, en una mesa alejada de todos los demás. Cuando el camarero se acercó, Marty le miró de hito en hito. Acababa de leer en cierta revistucha de Hollywood una crónica de un audaz y sucio periodista, con aquel camarero precisamente. Lo que el tipo hablara de Lucy Lavern y de otras como ella, no resultaba ciertamente piadoso para vivos ni muertos.

—¿Va a tomar algo? —preguntaba el camarero, un tipo muy rubio y fotogénico, que decía llamarse «Bello Billy», y la gente lo admitía, con esa facilidad indiferente y tonta de una ciudad como aquélla.

—Sí. Quisiera tomar diez libras de azúcar con miel —dijo Martyn—. Tal vez así borrara tanta amargura de mi paladar, amigo.

—Puedo servírselo —rió el camarero—. Hay clientes que me llegaron a pedir cosas aún más raras.

—Seguramente. De ustedes ya no me sorprende nada. Pero me conformo con un vaso alto, lleno de vodka.

¿Un
high-ball

de vodka? —se asombró el camarero—. Oiga, señor, ¿seguro que quiere seguir viviendo?



—Seguro. Como quería vivir Lucy Lavern. Pero ella pidió drogas.
High-ball

de drogas, amigo. Eso es peor que el vodka. Espero que con vodka, ahogaré un poco de odio.

—¿Odio? ¿A quién? —rió el camarero.

—A muchos. A usted..., a un tal Fred Deledda, a una serie de

tipos que fundaron una cloaca llamada Hollywood, en un dorado lugar indigno de tal deshonra, llamado California...

El camarero acaso hubiera contestado altivamente a otra persona. Pero con Marty Rhy no se atrevió. La mirada del aventurero no era la más apropiada para riesgos así. Se marchó. Poco después, le servía lo pedido, con una botellita de soda, en previsión.

Rhy había apurado ya medio taso, con expresión huraña, cuando se decidió a echarle la botellita de soda. Luego, encendió el cigarrillo número veinte. Estaba exhalando el azulado humo por las fosas nasales, cuando alguien se sentó a la mesa sin esperar a ser invitado.

—¿Sabe cómo van las cosas, Rhy? —preguntó la persona en cuestión.

—¿Qué cosas? —indagó Marty, clavando sus ojos nada amistosos en Herman Oates.

El «cazatalentos» de la Western tragó saliva, a costa de una contracción inverosímil de su nuez, y luego declaró, con voz bronca:

—La encuesta, por ejemplo. El *coronar* se ha pronunciado. Fred Deledda es inocente. Lucy Lavern murió por exceso de narcóticos, ingeridos por propia voluntad. Es el veredicto final.

—¿Y al *coroner* quién le paga? —inquirió Marty, irritado.

—¡Marty! Si repite eso en otro sitio, pueden encarcelarle por varios años.

—Lo siento. Pero ¿qué esperan que diga? Eso es una monstruosidad, una cobardía de la Ley y de sus servidores. Estos cobran para servir al pueblo. Me pregunto a quién sirven.

—No diga eso, Marty. El *coroner* es un buen hombre. Cree obrar honestamente. Pero sabe con lo que se enfrenta: el clan de Deledda es algo serio. Demasiado serio para liarse contra él. Hay quien dice que tiene influencias políticas en Washington.

—Es una buena excusa, a fin de cuentas.

—No es excusa, Rhy. Sabemos la verdad. Pero no podemos obrar contra Deledda. Tiene cuatro testigos para afirmar que él no drogaba a Lucy Lavern. E incluso de que le tenía prohibido beber o tomar narcóticos...

Marty levantó la cabeza sin sobresaltos. Sorbió su tremendo

vodka con soda. Meneó luego la cabeza, asintiendo. No tenía nada contra el teniente Benson. Le parecía un tipo rudo pero honesto. No era demasiado amigo de la policía nunca. Pero ahora, casi le parecían los mejores.

—Entiendo, teniente —dijo al policía, que era quien habló, erguido junto a su mesa—. Usted debe de tener razón. Sin pruebas, no se puede hacer nada aquí. Además, Deledda tiene muchos amigos. Testigos que juran en falso.

—Testigos que juran. Nada más, Rhy —advirtió el teniente—. El día que yo pueda demostrar que juran en falso, les meteré a todos en la cárcel, pero eso no se puede probar fácilmente. Por ahora, ellos tienen razón. Mike Contiano, Georgio Costello y el matrimonio Romani, declararon por Fred Deledda. Son gente fuera de sospechas. Se admite su testimonio. Y así está la cosa.

—¿Y Deledda?

—Libre, y de regreso a Long Beach —dijo plañidero Oates—. Mañana se reanuda el rodaje, Marty. Procura estar a las siete en punto de la mañana en el embarcadero. El rodaje empieza a la ocho. Y hace falta una hora para maquillar a los actores...

—No faltaré —suspiró Marty lentamente, apurando su vaso de vodka con displicencia. Miró al teniente—. ¿Le veremos de nuevo por allí?

—Me extraña que desee usted verme. ¿O lo dice por lo contrario?

—No sé. —Rhy se encogió de hombros—. Hay un sinfín de cosas que ya no sé, teniente.

—Rhy, usted no es precisamente un buen amigo de la ley...

—¿Tiene algo contra mí, teniente Benson? ¿Orden de detención, instrucciones para vigilarme, o piensa someterme a un interrogatorio de tercer grado? —se burló Marty, muy serio.

—Sabe usted que nada de eso. —Benson parecía tan serio o más que él—. Pero su presencia en Hollywood me empeora el trabajo. Usted ha estado metido en líos muy serios de contrabando, paso ilegal de personas de Sudamérica o de Oriente y...

—Nadie me probó nunca nada —avisó Marty secamente—. Y yo no he matado a nadie, como ciertas personas a quienes tampoco la ley logra probar nada...

—Está bien, está bien. No le culpo de homicidios ni de muertes

de imprudencia. Pero no puedo estar tranquilo con usted en mi jurisdicción, Marty Rhy. Se merece la cárcel, casi en igual proporción que Deledda. Pero no puedo hacerle nada todavía.

—Me ha ofendido, teniente. Si yo merezco la cárcel, Deledda merece cien cámaras de gas. No nos compare a los dos. El es una rata vil y nauseabunda; yo, un vividor que no hago daño a nadie.

El teniente Benson parecía que iba a replicar. Pero en vez de ello, dio media vuelta, empezando a alejarse. Solamente unos momentos después, se detuvo, volvió la cabeza y dijo por encima de su hombro:

—Tal vez tenga razón. Pero no descansaré hasta ver a los dos a buen recaudo. Es un aviso leal, Rhy..., por si lo piensa mejor, deja ese asunto del cine y se va lo más lejos posible.

Marty no dijo nada. Benson salió del restaurante, y Herman Oates, ante Marty, se enjugó el sudor de su rostro con un pañuelo de suave tono verdoso, diciendo entre dientes:

—¡Que me ahorquen si entiendo esto! Parece que estoy en una película maldita. Muere una chica. Arrestan a Deledda. Y ahora, le amenazan a usted de algo parecido. Creo que hemos elegido mal a los intérpretes...

—No se preocupe. Todo eso redundará en el beneficio económico de la película, una vez realizada. El cine se hace para gentes morbosas e idiotas. Les gusta todo eso.

—Es usted corrosivo, Marty —se quejó Oates—. Hay quienes gustan del buen cine...

—Sí. Pero esos jamás van a una sala a ver una película de estreno. Hace años que aprendieron a huir del cine que se hace aquí.

Se incorporó y pagó su consumición, dejando allí a Oates, con aire de hombre sumido en reflexiones nada optimistas.

CAPÍTULO IV

Al menos, se había rodado ya una escena. Y no parecía haber salido mal del todo.

Claro que era un criterio totalmente profano, por ser el personal de Marty Rhy. Pero lo importante es que la película salía de su momentáneo estancamiento de cuarenta y ocho horas, provocado por la detención fugaz de Fred Deledda. El actor y cantante seguía siendo el mismo. Dueño de sí, altivo y cínico. No le había impresionado el arresto, ni lo que sucedió con la infortunada muchacha a la que él mantenía en un lujoso apartamento de Sunset Boulevard. Su muerte le dejó por completo indiferente, e incluso bromeaba con Gladys Vernon y con otras *Starlets* del film.

—Mañana rodaremos en alta mar, con el yate —dijo cansadamente Sam Fletcher, con otro de sus indescriptibles «mambos» de viva policromía, tras el plano número ocho del día, que parecía ser el último de la jornada—. Esté preparado con su yate a las siete, Rhy.

—De acuerdo —dijo Marty, dirigiéndose a los lavabos para desmaquillarse.

Observó que Fred Deledda ni siquiera se desmaquillaba. En compañía de una jovencita pelirroja que actuara como «extra» en la película, en un momento del embarcadero en que tenía que pasar una joven con bikini rojo, subía a su deslumbrante «Cadillac» blanquirrojo, alejándose con un suave deslizarse de gomas sobre el asfalto de la carretera general hacia Los Ángeles.

—Oiga, Fletcher, creo que equivocó usted su película —dijo Marty, al pasar junto al director, que se volvió, sorprendido—. Para hacer actuar a Fred Deledda ante las cámaras, le iría mejor el papel de «Drácula»...

Y escupió a tierra, alejándose definitivamente hacia los lavabos de actores y figuras de segunda fila.

* * *

—Marty, esta noche hay una fiesta en Beverly Hills. ¿Va a ir?

—¿Una fiesta? ¿Qué celebran? ¿La muerte de Lucy Lavern?

—Oh, por Dios, no sea lúgubre —se estremeció la maquilladora, después de concluir con su faz frente a los espejos y luces del camerino de «André Devin»—. Las fiestas se celebran siempre en Hollywood, a despecho de quienes mueran. Recuerdo que hubo una muy importante, el día que se celebró el funeral de Errol Flynn. Aquí no hay corazón, Marty. Una fiesta bien organizada, cuesta de cien a quinientos mil dólares. A veces, un millón. Nadie dejaría de acudir a ella, por muchos famosos que muriesen ese día.

—Ya. ¿Y quién celebra la fiesta, Wanda?

Wanda Leigh, la maquilladora, sonrió al hablar:

—¿Aún lo pregunta? Fred Deledda, naturalmente.

—Entonces, habrá un ausente seguro: yo.

—Espere aún. No es sólo él quien la da. Ha elegido, como lugar de recepción, la finca de Keith Elker.

—¿Keith Elker? ¿Y quién es ése?

—Dios mío, ¿pero se puede ser así? Keith Elker es el hombre que le paga. El principal accionista de la Western Pictures, y productor de «En el litoral». ¿Entiende ahora?

—No, pero es igual. Imagino que Keith Elker será buen amigo de Fred Deledda también. Incluso es posible que sea uno de su clan.

—Acertó —rió la muchacha—. Es uno del «grupo Deledda». Y aún habrá algo que no sabe: el propio Fred es coproductor de la película...

—¡Cielos, cuánta basura! —Se estremeció Marty—. Creo que mis amigos, los contrabandistas de Macao y Hong-Kong, son mucho más honrados que la gente del cine...

—En todo hay excepciones, Marty —dijo la joven—. Sam Fletcher, el director, es un buen hombre. A pesar de Stella...

—¿Stella?

—Su mujer. Stella Fletcher es una mujer que no puede hacer

feliz a Sam. Tiene un pasado turbio. Y un presente no muy claro. Se llegó a decir de ella que estaba loca por Fred Deledda.

—¿Qué les dará a las mujeres ese tipejo? —Se irritó Marty—. Oiga, Wanda, usted parece saber mucho de Hollywood y su gente. ¿Podría hablarme de otra persona que trabaja en la película?

—¿Quién?

—Duke Hampton.

Wanda Leigh no respondió de momento. Su aire era sombrío cuando depositó sobre la mesa el tarro de sombreado y el lápiz blando de color marrón que utilizara en remarcar algunos puntos de la faz de Marty.

—¿Por qué me pregunta precisamente eso, Marty? —quiso saber la joven maquilladora.

—Tengo ciertos, motivos para ello. No quisiera, sin embargo, hablar de ellos. No hasta conocer su respuesta.

—¿Y qué clase de respuesta espera? ¿En qué sentido me pregunta por Duke Hampton?

—Tal vez en relación con una misma persona: Fred Deledda.

—Entiendo. —Wanda inclinó la cabeza. Al alzarla, tomó un peine de asta y alisó sus dorados cabellos ante el espejo central—. De unas cosas no sabe nada... y de otras sabe mucho. O sospecha mucho.

—¿Por qué dice eso?

—Duke Hampton tenía un hijo. Era un muchacho joven, que prometía bastante en el cine. Incluso había trabajado en Broadway, en obras como «Bus Stop» y «The Shrike».

—Bien. ¿Y qué le pasó?

—Se mezcló con el «clan Deledda», según parece. El vino a Hollywood antes que su padre. Le presentaron a una chica bonita, y anunció su matrimonio con ella, apadrinado por todo el clan. Cuando su padre lo supo, le avisó de que era una mujer de la peor especie, y él mismo emprendió viaje a California en cuanto terminó en Broadway una obra en cartel. Para entonces ya era tarde.

—¿El chico se casó con la mujer?

—Mucho peor. Eddie Hampton no era tonto. Fingió no creer a su padre, mientras investigaba la cuestión. Cuando descubrió que él tenía razón, y todo era una celada para hundirle, se encaró a Deledda. Nadie sabe qué pasó. Algunos dicen que pegó a Deledda. Y

le pegó fuerte. Luego, se dispuso a dejar Hollywood.

—¿Y qué sucedió?

—Un accidente desgraciado, en la carretera de San Bernardino. Volcó con su coche a la altura de Upland. Resultó muerto, porque antes de salir del vehículo, malherido como quedó, el depósito de gasolina se inflamó, envolviéndole en llamas.

Marty Rhy apretó los labios. Tenía un tinte lívido su crispada faz.

—¿Casual... o intencionado? —inquirió roncamente.

—La policía lo encontró casual. No pudo cambiarse ese veredicto. Luego es cuando apareció su padre, contratándose en Hollywood.

Marty se mantuvo en silencio. Ahora entendía muchas cosas. Pero el estómago le dolía más que nunca. Sentía verdaderas náuseas.

—Creo que, después de todo, iré a esa fiesta si me invitan —dijo Rhy, tras un silencio.

—Tenga cuidado —avisó la joven, mirándole fijamente—. El clan es peligroso. Si siente deseos de romperle algún hueso a Deledda, olvídense de ello. Usted pagaría las consecuencias, como tantos otros.

—Yo sólo peleo cuando las ventajas están de mi parte, Wanda —avisó Marty fríamente—. No tema de que de ningún paso en falso. ¿Usted no va a la fiesta?

—No me han invitado —sonrió ella—. Lo harán con usted y con otros participantes en la película. Pueden ir llevando a una chica, pero habrá de ser su pareja, su novia o cosa así.

—Entiendo. —Marty la miró muy fijo—. ¿Quiere ser usted mi novia, Wanda?

—¡Pero Marty Rhy! ¿Qué es lo que está diciendo? —se sorprendió ella.

—No se alarme. No la aconsejaría ni en sueños que eligiera como novio a un contrabandista y aventurero sin escrúpulos ni puerto donde echar el ancla. Es sólo una oferta momentánea. En esta ciudad, a nadie le sorprende nada. ¿Por qué ha de sorprenderles que yo diga que Wanda Leigh, maquilladora de «Andrea Devin Make-Up»,

es mi prometida? Siempre que usted siga la broma, desde luego..., y sólo con vista a esta fiesta nocturna.

—Desde luego, me gustaría ir. Pero no lo creo prudente.

—¿Por qué?

—Por usted, en primer lugar.

—No la entiendo. ¿Me tiene miedo acaso?

—No, no. Voy muy segura a su lado, estoy convencida de ello. Es que temo por usted.

—Eso, aún lo entiendo menos.

—Marty, ese hombre me ha molestado todavía en algunas ocasiones. Me refiero a Fred Deledda, ya sabe. Ha dicho que seré suya, antes que de persona alguna. Y que aplastará la cabeza del tipo que se atreva a ser mi novio. ¿Entiende ahora?

—Oh, sí... —Marty la miró, con ojos centelleantes—. Lo entiendo por completo. Y ahora con mayor interés que nunca, pequeña, le pregunto de nuevo: ¿quiere ser mi novia... al menos por una noche?

Ella rió, moviendo la rubia cabeza.

—Es incorregible, ¿eh? —dijo alegremente—. Suponga que él cumple su amenaza...

—Me gustaría que lo intentara. Responda sí o no, Wanda...

—Está bien. Usted se lo ha buscado. Una fiesta de éstas, es mucho más de lo que una chica como yo, empleada de maquillajes, puede soñar en ver con frecuencia. Mi respuesta es: «sí».

—¡Magnífico! Me gustará ver la cara de Deledda esta noche...

CAPÍTULO V

Keith Elker era un hombre grueso, de cabello blanco, ojos redondos y fríos, faz ancha y rugosa, de un tono bronceado, y expresión de implacable hombre de negocios. Era el principal accionista de la Western Pictures, como dijera Wanda. Y, además, productor de «En el litoral», en compañía de Fred Deledda, su actor y socio.

Recibió a la gente que le visitaba, embutido en su *smoking* blanco, impecable, con una sonrisa muy cinematográfica, para estar a tono con el cariz de la fiesta.

El chalet de Elker era realmente suntuoso, una de aquellas edificaciones de Beverly Hills, que recordaban la época dorada de Hollywood, cuando las figuras del cine mudo levantaban sus palacetes de auténticos *nababs*, en las mejores parcelas de Sunset, de Santa Mónica, de Culver City, de Burbank y de Hollywood.

Una edificación colonial, con porche de altas columnas, luces indirectas sobre el césped y macizos de flores, de arrietes, jardines y alamedas en torno, senderos de suave grava dorada, sobre la que patinaban las ruedas de los automóviles fabulosos alineados allí, y en el interior de la casa, una serie de músicos elegidos, en una sesión de auténtico *jazz*, entremezclado de melodías dulzonas y bobas, para animar la fiesta del magnate del cine.

Marty Rhy estuvo seguro de qué Keith Elker era el primero en parpadear, cuando él apareció del brazo de Wanda Leigh, bellísima con su traje de noche en plata y blanco.

—Bienvenido a la fiesta, Rhy —saludó, tras ser anunciado—. Usted trabaja en mi película, ¿no es cierto?

—Sí. Yo y mi yate —dijo irónicamente Marty, antes de penetrar en el salón brillantemente iluminado.

—En cambio, a su acompañante no logro recordarla —objetó

Elker—. ¿Es una actriz, una *Starlett*, una periodista...?

—No es nada de eso —avisó Marty, sarcástico—. Es maquilladora.

—¿Eh? —se asombró Elker—. ¿Maquilladora ha dicho?

—Eso es. Además, es mi prometida. ¿Vamos, querida? —habló, dirigiéndose a ella.

Y avanzó altivamente con ella, a través del salón repleto ya de personal. Mucha gente miraba ahora hacia Wanda Leigh. Parecía como si nunca hubiera estado en Hollywood, y acabarían de descubrirla.

—¿Lo ve, Wanda? —dijo Marty entre dientes—. Es todo un éxito. Alguien va a sufrir un ataque de bilis, no tardando mucho...

—Después de todo, es la primera fiesta a la que asisto —sonrió Wanda—. Nunca me fié de nadie que se ofreciera a escoltarme de noche...

—Hizo bien. Gracias por su confianza en mí, Wanda. ¿Sabía cuándo lo aceptó, que yo soy un tipo de mala fama, un aventurero y rufián de la peor especie?

—Lo he sabido siempre. Pero creo que, a pesar de su fama, es usted un buen muchacho, Marty.

—Sólo con las buenas chicas, Wanda. Y aun de eso, no debe sentirse muy segura...

—Pues me siento segura, diga usted lo que diga.

—Gracias por su confianza —suspiró Marty—. Está empezando a emocionarme...

—¡Oh, señorita Leigh! ¿Pero esto es posible? —estalló de repente una voz cerca de ellos—. Cuando la he visto me preguntaba si podía ser usted..., y ahora veo que, ciertamente, lo es.

Ella se volvió, confusa. Aún pareció más confusa al reconocer a la mujer que hablaba. Era una dama de cabellos plateados, traje de noche azul marino, realmente maravilloso, y una espléndida colección de joyas. El escote, pese a su amplitud, era insuficiente para albergar tanta esmeralda, tanto oro y tanto brillante. Casi resultaba un milagro que la dama se mantuviera en pie.

Wanda Leigh, inclinada ante la dama, manifestó humildemente:

—Oh, señora Devin, nunca pude imaginar que usted me reconociese...

—¿Reconocerla? Oh, querida. Ya le dije que me parecía

conocida, y pregunté a mi vecina, la condesa Di Santi, Ella me respondió: «Mi querida Andrea, ¿es que ni siquiera conoces a tus empleadas? Ésa es Wanda Leigh, tu maquilladora de la Western Pictures». Y entonces la he recordado...

Marty estudió a Andrea Devin. Era una mujer que podía haber parecido aristocrática, de no ser por su desmesurado afán de cargarse de chatarra por valor de millones. Por otro lado, era evidentemente una mujer astuta y vivaz, de gran cerebro; Después de todo, era preciso tenerlo, para regir una empresa tan amplia, sólo en cosméticos, perfumes y maquillajes, como era la «Andrea Devin Make-Up».

Podía tener cuarenta años. Pero sin duda tenía más.

—... Además, la acompaña un guapo mozo —estaba diciendo Andrea Devin en esos momentos—. Perrita que la felicite, mi querida señorita Leigh. ¿Puedo saber quién es su compañero?

—Naturalmente, señora —intervino Marty, inclinándose—. Soy Marty Rhy. Trabajo en la película de Keith Elker. La señorita Leigh, es mi prometida.

—¡Su prometida! —se asombró ella, parpadeando. La miró, sorprendida—. Mi felicitación, querida... Y a usted también, señor Rhy... Ambos hacen una buena pareja. Ella es joven, bonita y eficiente... Usted joven, guapo, apuesto... Creo que ascenderá pronto en su puesto, señorita Leigh...

—Oh, señora Devin, mil gracias... —empezó tímidamente Wanda.

—No me las dé, no me las de —cortó jovialmente ella, agitando una mano cargada de pulseras de oro, platino y brillantes. Luego, apartó un poco a Marty, mientras parecía preocuparse de estrechar su mano, y musitó al joven aventurero entre dientes—: Me interesaría hablar con usted, muchacho. Vaya a verme cuando quiera... Cualquier persona en Hollywood le dirá dónde vivo. Y no necesita llamar...

Marty se sintió oprimida con fuerza su mano. Luego, la mujer se alejó. Cuando se volvió a Wanda, estrechaba aún entre sus dedos el pequeño y plano objeto metálico que la directora y propietaria de la firma de cosméticos le depositara disimuladamente en la mano, al oprimirla por última vez.

—Encantadora —decía Wanda, con grata sorpresa—. Es una mujer encantadora, Marty. Dios mío, asistir a una fiesta del gran Hollywood, hace milagros, ¿no cree?

—Sin duda. —Marty contempló fijamente la llavecita «Yale» que oprimían sus dedos. Era muy pequeña y dorada. No le hubiera sorprendido que fuese realmente de oro—. Sin duda, Wanda, no hay como asistir a una fiesta así para encontrarse con milagros increíbles...

No añadió más. En vez de explicarle a Wanda lo que había sucedido, optó por llevarla del brazo, a través de la sala. Tiempo habría de referir a la joven la desoladora afición de ciertas damas ricas e importantes, hacia los galanes mucho más jóvenes que ellas.

—¡Cielos, creo que mañana se suspenderá el rodaje! —oyó decir a alguien, cerca de él, cuando llegaban a la larga mesa repleta de *sandwiches*, canapés de caviar, cócteles y ponches alcohólicos. Allí, nadie parecía acordarse de que, en una fiesta similar, días atrás, murió una muchacha, al saturarse de narcóticos.

Se volvió al que hablara. Era el inevitable Herman Oates, el cazatalentos de la Western Pictures, charlando con el cameraman pelirrojo y pecoso, Andy Parrish, que asentía, muy solemne, entre mordisco y mordisco a un *sandwich* de queso indefinible, color de mostaza.

—Sí, creo que no trabajaremos mañana —asentía. Parrish, lúgubrementemente—. Así podremos acostarnos cuando nos parezca bien, ¿no te parece, Oates?

—¿Por qué no hemos de trabajar? —indagó Marty.

—¿No lo sabe? —Oates se volvió a él, plañidero—. Ha empezado a llover...

Era cierto. Miró a las vidrieras de la casa de Elker. Las gruesas gotas de agua batían los cristales de las ventanas. Ya la tarde había estado nublada. Ahora, rompía en lluvia abierta. Como decían ellos, no habría rodaje si todo continuaba así.

—La lluvia limpia a veces las alcantarillas de la ciudad —sentenció Marty Rhy, sonriendo enigmáticamente—. Esperemos que haga lo mismo aquí...

Parrish y Oates le miraron, perplejos. Si le entendieron, no dieron muestras de ello. Marty y la muchacha, se alejaban ya hacia el fondo de la residencia, donde otros grupos de gentes

cinematográficas, charlaban o bailaban a los acordes de la música.

Allí, rodeado por un grupo numeroso de admiradores, estaba el inevitable Fred Deledda, con su impecable *smoking* color crema claro, fumando y conversando con su tono de eterno dominador de todo grupo.

Marty vio cerca de él a una muchacha, la misma pelirroja que le acompañara anteriormente en su «Cadillac». Llevaba un traje de noche color magenta. Tan reducido, que parecía a punto de caer de su seno.

También estaban allí Sam Fletcher, con un «Martini» seco en la mano, Gladys Vernon, empeñada en rivalizar con la *Starlett* pelirroja en cuanto a profundidad en el escote, y un par de hombres morenos y enjutos, latinos sin duda alguna, sentados muy cerca de Deledda, y pendientes de sus más mínimos gestos. Marty estuvo seguro de que eran gente de su clan, y Wanda se lo confirmó:

—Mike Contiano y Georgio Costello. Son éstos, Marty.

Rhy asintió, estudiándoles en silencio. Contiano era el más delgado y moreno. Costello no era mucho más gordo ni más rubio, pero sí había una ligera diferencia. Además, Costello era casi calvo en el centro de su cabeza, y llevaba lentes con montura de oro. Ambos vestían *smoking* oscuro y bebían combinados. Como un invitado vulgar. Pero no eran vulgares.

De repente, Fred Deledda fijó su mirada oscura y penetrante en Wanda. Fue igual que un pinchazo en su carne. Dio un leve respingo. Dejó de interesarle todo lo que decía la pelirroja de turno. Clavó sus ojos en Wanda Leigh. Parecía sugestionado por la presencia de la muchacha.

Con igual brusquedad que había fijado en ella sus ojos, apartó de repente a los que le rodeaban, y tomando un «Tom Collins» de una bandeja que le ofrecía un camarero de Elker, se encaminó derecho, con paso elástico y firme, hacia la joven maquilladora.

—Buenas noches —saludó—. Creo que nos conocemos, señorita Leigh. Pero jamás la vi tan hermosa como esta noche. ¿Un combinado?

—No, gracias —dijo ella, nerviosa, mirando de soslayo a Marty Rhy, tan rígido e inexpresivo como una columna del salón o un poste de telégrafos—. No bebo.

—Señorita, usted no debe recordar quién soy yo, ¿no es cierto?

—sonrió desafiante Fred Deledda.

—Desgraciadamente, le recuerdo muy bien —replicó ella.

—Oh, olvide aquello. Tome, querida —le tendió el «Tom Collins», ignorando por completo a Marty Rhy—. Haga una excepción. Nadie rechazó nunca una bebida a Fred Deledda... Tome esto y acompáñeme... Podemos divertirnos mucho esta noche.

Al tiempo que obligaba a la joven a tomar la copa de «Tom Collins» entre sus dedos, la rodeó los hombros con su brazo, empezando a arrastrarla consigo. Evidentemente, Wanda Leigh pretendía evitar el desastre que se avecinaba. Pero no le era posible, sin violencias que aún empeorarían las cosas, oponerse al reyezuelo del Hollywood nocturno, el invulnerable e irresistible Fred Deledda.

Marty Rhy esperó justamente lo preciso. No intervino antes, porque quería hacerlo sobre seguro.

—Un momento, hermano —avisó de pronto.

Luego tomó a Deledda por un brazo. El actor se volvió, mirándole con sorpresa. Le reconocía muy bien, aunque fingía no ser así. La mirada se tornó irritada al ver que Marty no le soltaba.

—Escuche, actorzuelo —replicó a su vez—. Vaya soltándome o le pesará. A Fred Deledda, nadie le impone nada. Lárguese por ahí, y déjenos en paz.

Marty aún le sujetaba el brazo cuando con su otra mano, arrancó suavemente la copa de «Tom Collins» de los dedos flácidos de la muchacha, a la vez que decía:

—Mi novia no quiere beber con usted. Y yo no quiero ver su asqueroso brazo en ella...

Hizo dos cosas. La primera, tirarle el contenido de la copa a la cara. La segunda, arrancar su brazo de un tirón, de encima del hombro de Wanda. Con tal fuerza, que el actor latino reculó unos pasos, dando trompicones.

En el acto hubo movimiento en la sala. Sus inseparables e incondicionales Contiano y Costello, saltaron de sus asientos, avanzando hacia él, en apoyo de su compañero injuriado ante el «todo Hollywood» que, sorprendido, asistía al brote de rebeldía de aquel joven desconocido.

Fred Deledda rió agriamente, apretando los dientes con un gesto bilioso, en tanto sus compinches y amigos ya llegaban muy cerca de Marty. Contemplaba a su antagonista con un aire de suficiencia

irritante.

—No sabe en lo que se ha metido —dijo, con rencor—. El hecho de que mendigue un papelito a mi sombra, rebañando unos dólares, no significa que tenga derecho a nada, imbécil. Fred Deledda está muy por encima de la gentuza como usted...

Pero el cobarde ni siquiera se movió. En vez de eso, azuzó a sus compinches contra él, con una sola mirada. Y, evidentemente, tanto Contiano como Costello se tenían bien aprendida la lección elemental del clan, que les dictaba la defensa inmediata del patrón.

Fueron hacia Marty a dúo, dispuestos a machacarle. Eran perros viejos en luchas callejeras y en granujerías de barrio bajo. Sólo que se tropezaban con alguien que se había criado en sitios peores que ellos.

Marty Rhy les dejó llegar hasta él. Luego, incluso les permitió que disparasen sobre él sus puños. Y fue todo lo que hicieron los peligrosos defensores de Deledda.

Los puños contrarios silbaron, inofensivos, en el aire. Pasaron muy lejos de Marty. Éste se había desplazado con un salto lateral, realmente felino. Y, a su vez, cargó contra ellos.

Un asombrado cúmulo de famosos de Hollywood, asistieron, atónitos, a la exhibición rápida y contundente de Marty. Las manos de éste se cerraron como tenazas musculosas y potentes, sobre los cuellos de Contiano y de Costello. Les atrajo a uno contra otro, con virulento impulso.

Las cabezas chocaron como cocos llenos. Un crujido escalofriante, marcó el impacto. Cuando Marty les soltó, ambos italianos rodaron pesadamente al suelo, inertes y sin conocimiento.

Jamás una cosa fue tan terriblemente simple y eficaz. A Fred Deledda empezó a fallarle su famosa seguridad. Perdió color, se humedeció los labios y miró duramente a Marty. Casi llevó la mano al sobaco. Evidentemente, no era para rascárselo.

Marty no le dejó hacer la maniobra entera. Le sorprendió con un mazazo de abajo arriba, que lo proyectó aparatosamente contra la cortina que había tras él. Ya la mano de Deledda se hundía en el *smoking* claro cuando la zurda de Marty le alcanzó de refilón en la sien, disparándole contra una columna, en la que rebotó igual que una marioneta. Osciló, a punto de doblarse ya, para encontrarse con otro «uppercut» de Marty, rematado finalmente con un zurdazo

terrible, que lo envió, dando tumbos, sobre el bruñido pavimento del salón.

Después de la paliza, se hizo un silencio de muerte en la residencia de Keith Elker, el productor. Fred Deledda, el terrible, con todo el poder de su clan, era ahora un guiñapo caído en el suelo, sangrando por su rota nariz y por una ceja partida. El *smoking* producía lástima. Su bello color se había echado a perder para siempre.

—Hacía mucho tiempo que lo necesitaba —observó Marty Rhy, sacudiéndose las manos de imaginario polvo—. Esta bazofia de ciudad iría mucho mejor, con gentes que supieran que cosas como ésta, siempre se pueden hacer... si uno tiene reañes para ello.

Tomó a Wanda por un brazo nuevamente, disponiéndose a seguir hacia la pista de baile, ante la asombrada orquesta. Entonces observó que Contiano se disponía a incorporarse de nuevo, quejándose de la cabeza.

Marty disparó sin contemplaciones su pie izquierdo. El zapato pegó con la puntera en la mandíbula del caído, brutalmente. Contiano, con un gruñido de dolor, se abatió de bruces, ahora definitivamente.

—¿Bailamos, querida? —preguntó con asombrosa sangre fría Marty a la joven.

—Oh, Marty, ¿es posible que...? —comenzó ella, pero Rhy no la dejó concluir, y comenzó a arrastrarla por la sala, mientras los músicos reanudaban la pieza, interrumpida durante la pelea.

Terminaron de bailar la pieza, ante el general estupor, mientras los criados de Keith Elker procedían a sacar de la sala a los inertes componentes del «clan Deledda», incluido su propio jefe.

—Dios, mío, Marty... —susurró la joven, cuando volvían de la pista—. ¿No habrá sido pasarse de la raya?

—Claro que no. Ese cerdo merece mucho más. Lástima que California no sea la del siglo pasado, y las cosas no se puedan solventar a tiros, como entonces...

Nada más abandonar la pista de baile, se encontraron con Keith Elker en persona. El productor y dueño de la casa, aparecía flanqueado por tres criados de aspecto poco tranquilizador.

—Espero salga de mi casa en el acto, señor Rhy —dijo fríamente el productor—. Su actitud es incalificable, siendo mi invitado.

—Seguro. Usted sólo puede elogiar la actitud de su compinche, Fred Deledda, ¿no es cierto? —dijo duramente Marty—. Hasta hoy, nadie se atrevió a tanto. Tal vez porque viven en una ciudad de ratas, y éstas siempre se asustan fácilmente. Lástima que hayan tropezado con Marty Rhy. Los *gangsters* no me asustan.

—Le repito que se vaya. Esta fiesta se ha estropeado con su presencia. No creo que necesite llamar a la policía para...

—Cielos, claro que no —rió Marty entre dientes—. Su casa huele mal, señor Elker. Como usted y sus compinches del clan. Sin duda, hay algo podrido en ustedes. ¿Aún no se han dado cuenta?

Tomó contra sí a Wanda, y echó a andar hacia la salida, sin más explicaciones. Aunque fuera seguía lloviendo, no se asustó demasiado por ello. Se detuvo en el porche, oteando los arbustos del jardín, brillantes de agua, y con el tamborileo de la lluvia cayendo en ellos de forma monocorde.

—Dios mío, Marty —susurró Wanda Leigh—. Por mi culpa ocurre todo esto. Salió en mi defensa, y la cosa se complicó. No debió traerme aquí. Hubiera sido mejor para usted. Ahora, Elker puede anularle el contrato.

—Me tendría sin cuidado. Pero no lo hará. Un escándalo en su casa, no tiene nada que ver con la labor profesional.

—Pero se ha buscado enemigos muy peligrosos. Deledda, Elker, los amigos de Deledda... —ella le contempló con temor—. Las cosas van a ser difíciles ahora, Marty.

—Eso es lo malo que tienen ustedes. Tienen miedo. Y con el miedo, no se va a ninguna parte. De eso se aprovecha el rufián de Deledda y otros como él. El temor al escándalo, los prejuicios, el sometimiento a los ídolos de barro... Es parte de la basura que conviene barrer, para que Hollywood huela un poco mejor algún día...

Marty Rhy tiró del brazo de Wanda, llevándola consigo a través del sendero de grava, más allá del porche batido por la lluvia, y subieron ambos al automóvil de segunda mano que Rhy había adquirido el día anterior. Era un «Pontiac», modelo 1957, aún en buen uso, junto a los mastodónticos ejemplares último modelo de otros magnates de Hollywood, aparcados allí fuera, aquél era un coche lamentable. Pero a Marty le agradaba. Y él era un hombre sin complejos. Acababa de demostrárselo así a un puñado de cretinos y

de acobardados.

—Vamos, Wanda —dijo, entrando en el coche y cerrando la portezuela tras la joven—. La llevaré a algún sitio de Los Ángeles donde uno se divierte sanamente, lejos de esa gentuza, para que se le borre un poco el mal sabor de lo de esta noche.

Arrancó a buena marcha, hacia el centro de Los Ángeles. Atrás, como un simple manchón de luz en las sombras, quedó la residencia suntuosa del productor Elker, borrada por la creciente cortina de lluvia que caía copiosamente sobre Beverly Hills y sus onduladas colinas salpicadas de *bungalows*, *cottages* y grandes palacetes o residencias fastuosas.

* * *

Después de todo, Wanda no se había aburrido.

Cenaron en el «Mocambo», bailaron en el

«Cyro's»

y en

«Scholtz's»,

y se despidieron con champaña en «Sunset Inn».

Luego, Marty Rhy dejó en la puerta de su apartamento a la joven maquilladora, con un saludo respetuoso y honesto, como la muchacha merecía.

Condujo, silbando jovialmente, a través de la lluvia, en dirección a su propio *bungalow*. Había alquilado uno en Beverly Hills, para no ser menos que cualquier otro de los indescriptibles tipejos que vivían del celuloide, y por las mañanas se trasladaba en el «Pontiac» hasta el lugar de rodaje, en Long Beach.

A través de la lluvia, le costó localizar su *bungalow*. Los condenados edificios eran todos iguales, cuando la visibilidad no era muy buena, ni la firmeza del ocupante se distinguía por su abundancia.

—El maldito champaña me debió sentar mal —comentó para sí, como intentando explicarse la razón de sus indecisiones—. Será mejor que siga lloviendo mañana, o haré un papel bastante feo en el rodaje... ¡Peste de gente! ¿Por qué se me ocurriría a mí meterme en el cine?

Encontró su *bungalow* finalmente. Por lo menos, recordaba que

era el que tenía un número 513 en su globo de luz de la cerca de acceso a los jardincillos. Y allí vio, a cosa de tres o cuatro palmos de sus narices, sobre el globo luminoso, el cinco, el uno, el tres...

Frenó. Saltó a tierra. Antes, el sendero de su vivienda era relativamente firme. Ahora, la gravilla estaba tan mojada, que se hundía bajo los pies. Abrió el portón para el coche. Entró con él, pugnando por ver a través de la cortina de agua, con los faros de su coche perforándola insistente, pero ineficazmente.

Llevó el coche hasta la puerta del garaje. A través de la cerca de separación, podía ver el *bungalow* vecino. El que construyó aquella serie, no se calentó mucho los cascos. Todos eran iguales, gemelos unos de otros.

Encerró el coche, con un juramento, y se, encaminó al porche en sombras. Fue a escasa distancia de él, cuando estuvo a punto de caer. Apoyando las manos en el suelo, impidió irse de bruces, y se mantuvo precariamente de rodillas. Tanteó. El suelo, además de blando y mojado, tenía ropa.

Eso era una tontería, se dijo enseguida. Pero era verdad. Tanteó, palpando algo más. La tontería se confirmó. Estaba tocando ropa, por absurdo y sin sentido que pudiera parecer aquello.

Poco a poco, la idea de que aquello que tocaba no era tierra, sino la forma concreta de un cuerpo humano, inmóvil y cruzado sobre la grava de la senda, entre el garaje y el porche, penetró en su mente.

Zarandeo más al caído, sin que pareciera hacer otros movimientos que los propios de una sacudida tan enérgica. Por lo demás, pareció perfectamente inanimado.

—Oiga, amigo, si está borracho será mejor que... —comenzó, refunfuñando entre dientes.

Pero el tipo no se movió tampoco. Quizá, después de todo, estaba inconsciente o herido. Y si no era un borracho, podía ser un ladrón, un merodeador nocturno. En un lugar como Hollywood, donde abundaba el dinero, todo era no sólo posible, sino incluso factible.

Rápido, Rhy se acercó al porche, recordando que allí estaba el interruptor de una luz. Lamentaba no llevar encima su pistola, pero había juzgado que no era prudente ir armado a una fiesta social de cineastas. En lo sucesivo, cualquier situación sería prudente para ir

prevenido.

Dio la luz. Se volvió, contemplando al caído, por si se movía. Le sorprendió ver que llevaba un *smoking* blanco. Un ladrón puede ser distinguido, pero no tanto, pensó en el acto, lanzándose a la carrera hacia el caído.

Llegó junto a él. Se inclinó, volviéndole de un tirón en su chaqueta de *smoking*, empapada de agua. No era blanca, sino de un tono *beige* claro. A cierta distancia, podía pasar por blanca.

El hombre no era ningún desconocido, ciertamente. Se trataba de Fred, Deledda, el ídolo y tirano de Hollywood. Marty Rhy contempló sus manos. Estaban manchadas. Manchadas de algo oscuro y viscoso que no era agua de lluvia. Ni tampoco barro. Algo oscuro que aparecía con abundancia en la chaqueta del *smoking*, en la blanca pechera de la camisa, y en el rostro mismo del actor.

Un horrible agujero negro, redondo y sangrante, se abría en medio de sus dos cejas, sobre la recta, afilada nariz latina.

A Fred Deledda le habían matado. Una bala certera, en el entrecejo, cortó su vida de cuajo.

Y eso, había sucedido en su *bungalow*, pensó Rhy, con la misma alegría con que hubiera podido enterarse de que le habían dejado un cadáver bien conservado en su frigorífico.

CAPÍTULO VI

—Está más muerto que Julio César, teniente...

—¿Cree que no lo veo? —refunfuñó el teniente Benson, dando otra vuelta en torno al lugar donde, además de caer mucha agua, se daba la circunstancia, nada decorativa, de yacer un cadáver que iba a arruinar, con su aparición, la industria cinematográfica de Hollywood.

—Está bien, no se enfade por eso, teniente —se irritó ahora Marty Rhy—. Sólo quería decirle que será inútil que se molesten en llevarlo a un hospital para...

—Conozco mi oficio, Marty. Y ha de ir igualmente a un hospital. Se le ha de practicar la autopsia.

—¿Autopsia dice? —Marty se encogió de hombros—. No veo para qué. Le metieron una bala entre ceja y ceja. Creo que eso es suficiente, a fin de cuentas...

—Mire, Rhy, existe una ley, según la cual, aunque un tipo muera aplastado por una montaña, ha de pasar por la autopsia. Siempre será evidente que la montaña le mató. Pero los forenses no lo aseguran categóricamente hasta tener el resultado del examen del cadáver.

—Todo eso lo sé. Y el hecho de que siempre se haga, no le quita que sea una tontería, después de todo.

—Váyase al diablo —rezongó el teniente Benson. Miró de hito en hito a Marty Rhy y luego dio nuevas instrucciones a su fotógrafo, para que tirase nuevas placas del muerto.

—Me gustaría saber lo que hacía en mi casa cuando le metieron el balazo —observó de repente Marty.

—También a mí —manifestó el teniente—. La noche no estaba para dar paseos.

—A lo mejor se equivocó de casa —rió Marty huecamente—. Todos los *bungalows* son idénticos aquí...

—No puede ser la razón. Fred Deledda no vivía en un *bungalow* vulgar, como éstos. Su residencia está en la zona residencial de los multimillonarios y magnates de Hollywood: Santa Mónica.

—Bueno, ahora aunque le levanten una pirámide en Egipto, con su fortuna, no podrá dejar de estar muerto —observó Marty, encogiéndose de hombros—. Al menos la Muerte no respeta a Hollywood. Ya es algo.

Se encaminó al porche de su vivienda. La policía protegía su casa, pero Marty sólo hubiera querido saber por cuánto tiempo sería eficaz esa protección. Fuera, jaurías de periodistas, chupatintas y buitres de la noticia, esperaban impacientes a penetrar a saco en el *bungalow* 513. La noticia de que Fred Deledda había muerto, empezaba a correr como la pólvora.

Nada más hallar al actor, muerto de un balazo en el sendero de grava, Marty telefoneó al teniente.

Eso era a las cinco de la madrugada, hora de su regreso a casa. Ahora, a las seis y cuarto, media ciudad conocía ya el notición que conmovería a la industria del celuloide.

—Es una muerte horrible —había dicho Marty, señalando al muerto, cuando llegó el teniente Benson—. Deledda, incluso va maquillado para rodar. Es como si alguien le hubiera dicho que iba a hacer la última escena de la película de su asquerosa vida...

—Piedad para los muertos, Rhy —había respondido Benson, represivo.

—El nunca la tuvo con nadie —replicó Marty—. Pero trataré de serlo, no tema.

Ahora, Benson contemplaba la maquillada faz del actor, con su reguero de sangre, como un mal maquillaje rojo sobre el rostro, para una escena de las que él rodaba. Marty Rhy, entre tanto, descolgó el teléfono de su *living*, consultando rápidamente en la guía telefónica de la ciudad.

No faltaba el nombre de Fred Deledda allí. Marcó el número y esperó, con cierta morbosa delectación.

Tardaron en ponerse al otro extremo del hilo. Y cuando lo hicieron, la voz fue dura, áspera, malhumorada:

—¿Quién llama?

—¿Residencia de Fred Deledda?

—Sí. ¿Qué desea?

—Hablar con el señor Deledda.

—¿Está usted loco? ¿A estas horas de la mañana?

—Es la habitual de salir a rodar, ¿no es cierto?

—Señor, usted se ha equivocado o pretende gastar una broma de mal gusto. Hoy está lloviendo, y el señor Deledda ha dado órdenes de que no se le moleste hasta las dos de la tarde.

La voz del mayordomo, criado o secretario, era solemne e irritada. Marty insistió, con cierto sarcasmo:

—Esas órdenes no se las ha podido dar esta noche. De modo que avísele o...

—Escuche. He recibido las órdenes esta misma noche, antes de que el señor se acostara, y siempre cumplo lo que se me ordena. Creo que es suficiente, señor, para que no insista. Si desea ver al señor Deledda, luego, a las dos, le puede llamar de nuevo. O asistir al cóctel de la señorita Vernon, a la cuatro y media. Allí le encontrará.

El enfurecido servidor colgó con un seco golpe de teléfono. Marty Rhy contempló fijamente el teléfono, mientras reflexionaba. El criado podía mentir. Pero si no era así, Fred Deledda volvió a su casa, se acostó o fingió acostarse, dando determinadas instrucciones a su criado, por si alguien le llamaba al teléfono, y luego salió nuevamente, dirigiéndose a casa de Marty Rhy. ¿Pero para qué?

Y, sobre todo... ¿quién disparó sobre él un arma de fuego, matándole en su propio jardín?

Al volver la cabeza, se encontró con el rostro nada afable del teniente Benson, erguido el macizo policía en el hueco de la puerta.

—¿Qué hace, Rhy? —indagó Benson—. ¿Jugar a detectives o asesinos?

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. No crea que no sé lo que sucedió anoche en la residencia de Elker. Usted sacudió bien a Deledda... Luego, Deledda debió acudir en busca suya. Y usted le mató.

—¿Es eso lo que cree? —preguntó Marty fríamente.

—Sí. Es lo que creo. Y si usted mató a Deledda, no me importará la clase de pajarraco que él fuese en vida. Iré a la cámara de gas por eso.

—¿De modo que ya tiene un sospechoso?

—Llamado Marty Rhy, sí.

—Escuche, teniente. Yo he sido siempre un pájaro de cuenta, lo admito. He estado metido en líos de todas clases..., pero jamás me mezclaron con un asesinato.

—Alguna vez había de ser la primera —declaró con frío sarcasmo el teniente.

—Yo saldé ayer mis antipatías con Deledda —repuso Marty Rhy, conservando su serenidad—. ¿Por qué había de disparar sobre él?

—No se lo he preguntado, pero puedo deducirlo muy bien. No tema, Marty. Hubo allanamiento de morada por parte de él, y la agravante de nocturnidad. Es posible que un Jurado honesto, considerando eso y la clase de tipo que era Deledda, le absuelva o pague con un par de años de cárcel. Todo es cuestión de que usted busque un buen abogado..., y de que los amigos de Deledda no se esfuercen mucho en vengar al jefe muerto. Usted sabe cómo son los italianos. Y el grupo de Freddie era una especie de «maffia» en pequeña escala, dentro del ambiente cinematográfico. No sé cómo irán las cosas a partir de ahora, Rhy. Sólo sé que no voy a arrestarle aún. Me faltan detalles para completar mi visión del asunto. Pero le advierto que no intente escapar de la ciudad, ni piense en salir del Estado, o los federales irán a por usted.

—Muy bien, teniente —habló Marty con sequedad—. Parece que ya ha hecho su elección de sospechoso, y que la mantendrá contra viento y marea.

—Pudiera ser que sí —dijo Benson, encogiéndose de hombros, y comenzando a salir de la habitación. De pronto se detuvo, miró fijamente a Marty, por encima del hombro y le soltó una pregunta —: ¿Usted tiene armas de fuego, Rhy?

Una leve vacilación. Marty recordó su licencia, y consideró que era mejor no mentir.

—Sí —dijo—. Hay que tener armas cuando se viaja solo por lugares remotos, teniente.

—No le he preguntado por qué la tiene, sino solamente si la tiene.

—Y yo le he dicho que sí.

—¿Puede enseñármela, Rhy?

Movió afirmativamente la cabeza. Luego, se encaminó al

gabinete inmediato, seguido por el teniente. Se aproximó a un mueble, cuyo cajón superior se dispuso a abrir. En el acto descubrió la cerradura violentada. Tiró, y el cajón se abrió sin esfuerzo. Revolvió los papeles estérilmente.

El revólver no estaba.

Se volvió hacia el teniente. Apretaba los labios, con un gesto de ira.

—No está —dijo.

—¿El revólver?

—Sí. Ha desaparecido. La cerradura está forzada.

—Entiendo —suspiró el teniente. Se acercó, examinó todo aquello y luego clavó su mirada suspicaz en Marty—. Usted podría haber preparado esto. Especialmente para mí. Sabía que, tarde o temprano, le pediría Su arma.

—Yo no hice nada de eso. Además, ¿por qué había de hacerlo?

—Su pistola era una 38 seguramente.

—Sí —se sorprendió Marty.

—Una 38 mató también a Deledda, si yo sé algo de balística. Claro que el Departamento Técnico será quien lo confirme oficialmente. Pero sé que fue una 38.

—¿Ha aparecido el arma?

—No. Podría ser la suya.

—Seguramente lo es, teniente. Pero no la manejé yo. Ni siquiera fui yo quien la sacó de aquí. Tiene mi palabra.

—En un homicidio, la palabra vale poco. Y menos la de un hombre de su fama, Rhy.

—Ya lo dije antes: tiene su sospechoso. Y va a tirar todos los impactos contra él.

—Mientras no haya otro mejor, sí —asintió aburridamente el policía, saliendo ya de modo definitivo de la casa—. Recuerde mi advertencia: no abandone Hollywood.

—¿Ni siquiera para rodar la película en Long Beach?

—Usted ya me entiende. Además, no creo que se ruende la cinta. A no ser que el «doble» de Deledda se encargue del papel. Cosa que no creo.

—¿Deledda tenía un doble?

—Todo primer actor lo tiene aquí. Dobles que ejecutan lo difícil y lo engorroso de cada rol.

—¿Usted conoce al de Deledda?

—No. Ni tengo por qué. El doble es, normalmente, un tipo que sólo se parece al original en figura, estatura, corpulencia y cabello. No necesariamente en el físico. De modo que no sirven para continuar lo que empezó el «astro». Habrán de esperar a que la Western encuentre otro actor. Suponiendo que no tengan que buscar a dos para seguir la película.

—Su sentido del humor es enternecedor, teniente —masculló Rhy, torciendo el gesto—. Eso va seguramente por mí, ¿no es cierto?

—Sí —rió Benson agriamente, ya desde la salida del *bungalow*—. Va por usted, Rhy. Cuando tenga que comparecer ante el Jurado, no le dejarán alternar el *plató* con el Tribunal...

El policía abandonó la casa, dejando a Marty Rhy sumido en hondas y sombrías reflexiones.

* * *

A pesar de todo, estaban «rodando» de nuevo.

Con muy buen sentido, Sam Fletcher había alterado el orden de rodaje, y se dedicó a filmar las escenas en las que Deledda no tenía que aparecer. Marty Rhy y Gladys, tuvieron una intensa sesión de planos en los embarcaderos y a bordo de la canoa motora, en alta mar.

Todo estaba muy confuso. Eran las primeras horas, siguientes al hallazgo del cadáver de Deledda en el jardín del *bungalow* de Marty Rhy. Pero una película, es una especie de mecanismo monstruo que ha de continuar adelante en su funcionamiento, caiga el que caiga. Por lo visto, incluso Fred Deledda era poca cosa para detener la marcha del monstruo llamado «cine».

Marty no había vuelto a llamar a casa del actor. Imaginaba que la policía estaría ya allí. Después de una noche echada a perder, las cosas continuaban siendo feas y engorrosas para todos, especialmente para él. El teniente Benson no ocultaba demasiado sus recelos en torno a la persona del aventurero metido a actor ocasional.

Fue ya a mediodía, cuando el rodaje entraba en su fase final del día, el momento en que Andy Parrish, el pelirrojo cameraman de la

Western Pictures, le llamó a voces, desde su puesto, cerca de la cámara tomavistas de cinemascope:

—¡Eh, Marty! ¡Le llaman al teléfono! Es el teniente Benson...

A Marty le hizo tanta gracia como una llamada de Drácula, para una cita nocturna. Pero acudió al teléfono. Tomó el auricular e indagó:

—¿Qué hay, teniente? ¿Va a hacerme arrestar ya? ¿Tiene las pruebas de mi culpabilidad?

—En ese caso, no le avisaría por teléfono previamente —replicó con malhumor el policía—. Es para hacerle una pregunta. Una tan sólo, Marty.

—Le escucho, teniente.

—¿Usted fue el que llamó esta mañana, preguntando por Fred Deledda, a su propia casa?

—Sí —dijo Marty sin vacilar—. ¿Constituye delito?

—No. Pero no repita cosas así. Es meter las narices donde no debe, Marty, y eso no me gusta.

—Procuraré no repetir la indiscreción. ¿Me llama usted desde allí, teniente?

—Claro. Por eso le telefono. El criado de Deledda me informó de esa llamada. Hizo bien en admitir que fue usted, porque estoy esperando que la central telefónica de Long Beach, me de el informe del teléfono que sirvió para hacer la llamada.

—Bueno, así no se sorprenderá cuando le digan que es el mío. ¿El criado seguía pensando que su patrón dormía apaciblemente en su propio lecho, tras haber recibido la orden tajante de no avisarle?

—Pues sí. Me costó buen trabajo disuadirle de que siguiera respetando esas órdenes.

—Supongo su sorpresa al no encontrar a nadie en la cama, ¿eh, teniente? —rió Marty Rhy—. ¿Cómo cree que pudo salir Deledda del cuarto, sin que el criado lo advirtiese, para acudir a mi *bungalow*, y ser muerto allí?

—Lamento no poderle responder a eso, Rhy —habló el teniente con acento raro—. Y tampoco le culpo de pensar así. Usted no tenía por qué saberlo. Ni siquiera aunque hubiese disparado sobre el hombre de su jardín. Es más, entonces tiene menos motivo que nadie para imaginar lo que sucede.

—Creo que no le entiendo nada de nada, teniente. ¿Qué quiere

decir con eso?

Hubo un leve silencio al otro extremo del hilo. Luego, la voz del policía lanzó por el auricular la noticia asombrosa, inexplicable:

—Cuando entré en la alcoba de Fred Deledda, la cama no estaba vacía, como yo esperaba. El propio Deledda dormía allí apaciblemente... aunque lo bastante borracho como para haberse rotó la nariz y tener la cara hecha una lástima, antes de arribar a su casa. Pero desde luego... ESTABA VIVO. Y no sabía nada acerca de SU PROPIA MUERTE...

CAPÍTULO VII

Fred Deledda apartó su mirada del hombre que yacía en el suelo de la Morgue local.

Luego, tras los cristales oscuros de las gafas, estudió al teniente Benson, a Marty Rhy y a los demás presentes, con aire entre asombrado y confuso. Los esparadrapos sobre su nariz y sus facciones, abultadas por los golpes sufridos a manos de Rhy la noche anterior, aunque él diera otra excusa, producían un raro efecto deformante en la faz del actor y cantante.

—No comprendo cómo pudo suceder... —confesó lentamente—. Hasta yo mismo podría confundirme. Pero el asesinato es un auténtico enigma...

El teniente Benson suspiró, meneando la cabeza con aire irritado.

—De modo que no todos los «dobles» son simplemente para cubrir el hueco del actor —manifestó gravemente—. El suyo, era EXACTO a usted, Deledda...

—Sí, era casi exacto —asintió el actor, rectificando suavemente—. El maquillaje hizo la diferencia. Raymond Gaar era de un parecido asombrosa conmigo. Pero no entiendo por qué se maquilló como si fuese yo mismo, rectificando aquellos rasgos faciales que podían permitir que se notase la diferencia entre ambos.

Benson estudiaba con recelo a Fred Deledda. Era como si esperase de él un fallo, algo revelador. Pero no parecía existir el menor motivo de duda. Éste sí que era Deledda. Su voz pastosa, de leve acento latino, su modo especial de arrastrar ciertas vocales, sus ademanes nerviosos y, a la vez, llenos de frío cinismo, sólo a Deledda podían corresponder. Al Deledda que todos conocían, no a ningún «doble». Raymond Gaar, su contrafigura profesional dentro

del cine, pudo fingirse Deledda... muerto. Vivo, no hubiera engañado a nadie.

—Es raro maquillarse para ir a morir —comentó de pronto Marty Rhy, como al azar. Y soltó una leve risa, al advertir que le miraban con extrañeza el policía y el «astro» de Hollywood—. Bueno, tal vez en Hollywood, eso sea una cosa normal. Raymond Gaar, su «doble» fue a hacer anoche una escena muy especial, la más importante de su vida: justamente la de su muerte. Casi era de ritual maquillarse para un trance así... Por cierto, Deledda, ¿fue a su «doble» o a usted a quien le sacudí yo de firme anoche, en casa de Elker?

—No esa contrafigura pasan las fiestas ni para presentarme en ninguna parte —replicó secamente Fred Deledda, mirándole con expresión de odio—. Los golpes, los sufrí yo, Rhy. Y, desde luego, usted sufrirá las consecuencias en su día.

—Ahora no me cabe duda —suspiró Marty—. Usted es Deledda. Y el muerto, es su «doble».

—¿Aún lo dudaba? —Se irritó el actor.

—Sus casuales heridas en la cara, me hicieron dudar —rió Marty—. Podían ser también un maquillaje, después de todo...

Deledda se encogió de hombros, con gesto de desgana, como si todas aquellas tonterías le molestaran. Al teniente Benson, empezaba a enfurecerle el lío en que estaba metido, y Marty no le reprochaba que pensase así. El policía tenía toda clase de razones para perder la paciencia.

—Creo que esto es todo lo que quedaba por discutir, señores —declaró Benson, hundiendo las manos en los bolsillos de su americana *beige*, clara y ligera—. Ya podemos retirarnos. Este lugar siempre me puso un poco nervioso...

Fred Deledda echó una ojeada a su «doble» muerto, y se estremeció, asintiendo. Marty se dijo que él era quien mejores razones que ningún otro tenía para sentirse nervioso bajo el techo de la Morgue.

Salieron al exterior. El anochecer en la costa del Pacífico, era apacible y límpido en aquella época del año. Solamente una leve neblina azulada, la típica bruma del litoral pacífico, formaba como una especie de velo tenue, en la distancia, y por encima de las aguas tersas, apenas rizadas por la brisa húmeda.

Las luces se encendían en los bulevares y embarcaderos, en las avenidas arboladas y en los clubs náuticos, produciendo reverberos indecisos en las aguas serenas. El aire olía a salitre, a mariscos y a quietud. Detrás de los tres hombres, otra quietud mucho más siniestra, se quedaba albergarla entre las blancas baldosas de la helada Morgue.

Allí fuera, bajo el azul paulatinamente oscuro de la noche californiana, la muerte parecía algo incongruente y sin sentido. Pero Marty sabía que tenía sentido. El terrible y negro sentido de las cosas ciertas e inexorables de la existencia humana.

—Voy hacia el centro —informó Benson—. ¿Les llevo a ustedes?

—No, gracias —respondió Deledda—. Tengo mi propio coche.

—Yo no he traído vehículo —dijo Marty— Iré con usted, teniente.

Benson no dijo nada. Se limitó a alcanzar su coche. Era sencillo y oscuro. Condujo, con Marty a su lado, en silencio ambos hombres durante un buen rato.

—Deledda muerto, era una especie de crimen simpático —dijo Marty de pronto—. Al no ser él quien murió, todo cambia.

—Tal vez no cambie tanto como usted supone —avisó con voz fría Benson.

—¿Por qué?

—El parecido de ambos era muy grande. Tanto, que podían pasar por la misma persona, si el «doble» quería remarcar ese parecido. Fred Deledda tiene muchos enemigos. Hubo uno que le odiaba lo bastante como para quererle matar. Pero le sucedió como a nosotros. Equivocó su víctima. Y mató a quien no debía de matar.

—Es justamente lo que yo he pensado —asintió Marty, pensativo—. ¿Pero qué hacía el falso Deledda en mi casa? Si yo pegué al auténtico, ¿qué podía tener conmigo el falso?

Benson, sin soltar el volante ni reducir la marcha, se volvió hacia él. Sus ojos reflejaron una expresión muy poco amistosa y muy poco confiada hacia Marty.

—Eso... usted puede saberlo mejor que nadie, Marty Rhy —declaró fríamente.

—¿Yo? —Marty enarcó las cejas, con expresión algo belicosa—. ¿Por qué, teniente? No conocía a Raymond Gaar en absoluto. Jamás le vi, antes de hallarlo muerto. Y si es que alguna vez me crucé con

él desde que estoy aquí, le confundí con Deledda. ¿Es eso lo que pretende sugerir? ¿Me acusa de haberle matado, confundiéndole con su «doble»?

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta —declaró fríamente Benson—. Pero no me refería a ego, Rhy.

—Entonces... ¿de qué está hablando?

El teniente Benson dobló una esquina de Long Beach Bulevar, penetrando en la Calle Diez, hacia San Pedro Hill. Las luces y los escaparates y anuncios luminosos, eran como festones multicolores a ambos lados del vehículo.

Tras un corto silencio, el policía habló sin prisas ni emoción especial en su voz:

—He recibido un informe especial del Federal Bureau of Investigation. Los federales saben que existe una gigantesca operación de contrabando en Hollywood. Hay alguien que ha metido aquí una cantidad ingente de drogas, y ha de introducir aún la última remesa de narcóticos, procedentes de Extremo Oriente. Al parecer, son drogas especialmente introducidas en Macao y Hong Kong, por la frontera de la China Continental, y de allí, tal vez con intenciones políticas, los narcóticos orientales han venido destinados a los Estados Unidos, donde otros agentes de compra de drogas, se han cuidado de hacerlo entrar en el país. Esa operación reportará a quien introduzca la droga y al que la haya traído aquí, más de dos millones de dólares de beneficios limpios. ¿Lo entiende ahora?

—No. ¿Qué tiene eso que ver con Raymond Gaar y conmigo?

—Raymond Gaar tiene antecedentes policíacos. Lo he averiguado al saber que Deledda vivía, y que su «doble» era el muerto. Pedí informes de Gaar. Y los recibí. Gaar estuvo una vez encarcelado, en Nueva York.

—¿Por qué?

—Drogas, Marty —expuso escuetamente Benson—. ¿Ahora sí entiende?

—Creo que sí. Raymond Gaar, traficaba en drogas. Y yo llegué de Extremo Oriente con «Blondie», mi yate. Usted ata cabos. Si estaba en mi *bungalow*, es porque era un contacto conmigo. Y yo le maté, para quedarme con los dos millones de beneficios que usted calcula. ¿Es eso, teniente?

—Podría serlo, admita que es plausible.

—Pero no es cierto. Yo no sé nada de esas drogas. No me dedico al contrabando.

—Usted se dedica a muchas cosas raras, Marty. No es persona grata ni digna de confianza. Le va a ser más difícil de lo que cree, salir de este enredo.

—Empiezo a creer que sí —refunfuñó Marty—. Pero todavía no tengo la soga al cuello, teniente.

—No importa —manifestó el policía con sequedad—. Si logro demostrar que usted introdujo las drogas o que tenía contacto con Raymond Gaar, va a pasarlo muy mal. Y no precisamente acusado de contrabando... sino de asesinato.

—Diga más bien asesinatos —rectificó valientemente Marty—. ¿O ha olvidado ya a una chica llamada Lucy Lavern? Quizá fueron las drogas introducidas en California ahora, las que causaron su muerte. Aunque de eso, también habría que acusar a Deledda. Al verdadero Deledda, por supuesto.

—Aún no acuso abiertamente a nadie de nada, Pero cuando tenga que hacerlo, no hará falta que usted me recuerde las cosas. Tengo una buena memoria. Y no guardo la menor compasión hacia aquellos que trafican con las vidas ajenas. Un narcótico, es como un veneno. El que lo vende, merece igual castigo que el que echa cianuro o arsénico en un licor...

Marty no dijo nada. Sabía que era inútil seguir protestando acerca de su inocencia. Benson tenía en él un sospechoso demasiado fácil. Especialmente ahora, cuando había muchas probabilidades de que los narcóticos fuesen la razón de aquel tenebroso asunto criminal, en el dorado y maloliente Hollywood.

Pero algo que dijera Benson era bien cierto: iba a serle muy difícil salir de aquel enredo...

* * *

Los periódicos publicaban bastante información sobre el crimen.

En Hollywood, cualquier cosa era bien aprovechada por los productores, para darle publicidad a sus películas. Así, lo de ahora no podía ser una excepción. El hecho de que Fred Deledda, héroe de «En el litoral», estuviese a salvo, tras el error sufrido por la policía y

la opinión pública, con la aparición del cadáver en el jardín de Marty Rhy, era un motivo más para lanzar al papel impreso frases altisonantes, y comentarios alusivos a la película. Lo que menos contaba allí, era justamente el hecho tremendo: la muerte de Raymond Gaar, el «doble» de Deledda.

Marty tiró a un lado, asqueado, los diarios de la mañana. Wanda sonrió, extendiendo suavemente sobre su faz la capa de maquillaje. Marty no podía disimular la molesta sensación que le producía sentir la grasa maquilladora sobre su epidermis, al recordar la faz brillante, húmeda, del hombre muerto, maquillado justamente para morir...

—¿No le gusta lo que dice la Prensa, Marty? —inquirió ella con su voz, grata y cordial.

—No me gusta nada de esta ciudad. Y la Prensa, menos que nadie. Son hediondos, Wanda.

—Es su oficio. Sacan dinero con eso. Y complacen la morbosidad de muchos. Así es Hollywood, así es la gente a quien le gusta el cine... —Wanda Leigh, maquilladora de la «Andrea Devin Make-Up»,

le miró con— fijeza, a través del espejo central del camerino de maquillaje. —Créame que celebro que no fuese Deledda el muerto.

—¿Por qué, Wanda? ¿Le es simpático, después de todo?

—No diga eso. Sabe que es odioso. Pero usted hubiera estado en un mal trance, si hubieran asesinado a Deledda en su casa. No hay otra comidilla en el «gran Hollywood», que su famoso choque de anoche con el amo del «clan» Deledda.

—Lo imagino. Sin embargo, no crea puedo sentirme demasiado feliz. El «doble» de Deledda se parecía tanto a éste, que pueden pensar que cometí un error, y maté a otro que no era el que yo pretendía borrar de este mundo.

—Oh, entiendo. —Wanda Leigh movió la cabeza—. Sí, Gaar era casi igual a Deledda. A mí no me sorprendería que hubieran sido hermanos naturales, o cosa así. Dicen que su verdadero nombre era Raymond Gariano, y que venía de Italia.

—Eso explicaría el parecido —asintió Marty—. Pero no lo demás... Usted es experta en maquillaje, Wanda. ¿Por qué estaría maquillado Gaar?

—No lo sé. Es un detalle incongruente. Nadie se maquilla en la

vida real... Nadie del sexo masculino, por supuesto —sonrió Wanda—. No lo entiendo.

—Dicen que había diferencias faciales entre Gaar y Deledda. Cuestión de matices, de rasgos leves...

—Sí, es cierto. Al maquillar a ambos, lo hacía adaptándome a sus diferentes rasgos. Pero el parecido, sin embargo, era asombroso, aun sin maquillarse ninguno.

—Suponga que Gaar quería hacerse pasar por Deledda en alguna parte. ¿Explicaría eso...?

—¿El maquillaje? —Wanda se encogió de hombros—. Posiblemente, Marty. Pero no lo sé. Lo que sí es evidente, es que la policía y usted se confundieron. Eso quiere decir que pudo ocurrir igual en vida de Gaar, aquella noche. ¿Pero por qué iría a su *bungalow*, Marty?

—No lo sé. —Marty se exasperó, mirándose en el espejo, con su capa de pintura sobre el rostro—. Nada tiene sentido aquí. Ni siquiera cuando matan a la gente.

Se incorporó. En la puerta del camerino, esperando su turno para ser maquillado, vio a Duke Hampton. El altivo actor del viejo cine ya pasado, le miró fijamente. Y Marty a él.

—Hola —saludó el hombre de cabello canoso y rostro aristocrático.

—Hola, Duke —respondió Rhy despacio—. ¿Es usted un hombre feliz ahora?

—Lo fui durante unas pocas horas —sonrió pálidamente el hombre, avanzando majestuoso—. Cuando supe que el muerto no era Deledda, sufrí una gran decepción.

—Lo imagino. Si usted hubiera disparado sobre él, en la oscuridad de un jardín batido por la lluvia, es seguro que hubiese creído también que lo hacía sobre Deledda en persona.

—No, Rhy —dijo fríamente el viejo actor—. Yo nunca hubiera cometido errores. Mi corazón me hubiese dicho quién era Deledda y quién no.

—Como coartada no le sería muy eficaz ante la policía ni ante un Jurado, si le llegasen a acusar a usted, Duke.

—¿Por qué habrían de acusarme? Yo no lo hice. No apruebo que matasen a Gaar tampoco. Sería distinto, si el muerto hubiese sido Deledda. Ése sería un crimen benéfico. La Humanidad ganaría

mucho, perdiéndose un ser como él.

—Igual se va a la cámara de gas por matar a un hombre que a otro. Todo es asesinato.

—Para la Ley, sí. Para la conciencia de uno, es algo muy diferente.

—No debe preocuparse por su conciencia —dijo lentamente Marty—. Después de todo, usted no lo hizo.

—Claro que no. —Duke Hampton le estudió, escudriñador—. No lo hice. Aunque usted crea que sí. Hay mucha gente en Hollywood, que odia a Deledda. Alguien, de entre ellos, cometió el lamentable error. Pero no siempre se fracasará. La próxima vez, Deledda caerá.

—¿Habrá una próxima vez?

—Tiene que haberla, Marty.

—¿Piensa ser usted quien la provoque, Duke?

—Eso nunca se sabe... —Duke Hampton se encogió de hombros—. Tal vez sí...

Marty Rhy cambió una mirada de inquietud con Wanda. La joven aparecía con gesto sombrío. Sin decir nada, el joven aventurero salió de la cabina de «Andrea Devin Make-Up».

* * *

El rodaje había terminado. Aún no estaba muy adelantada la tarde. Pero Deledda, con sus esparadrapos adheridos a los cortes de su cara y encima del puente de su narra, y las huellas de los golpes sufridos al caer, borracho perdido, la noche del crimen, estropeaba todos los planos en que él no apareciese en un escorzo violento.

Fletcher, furioso, realizó los planos más imprescindibles, ocultando la faz de Deledda cuanto pudo, a la escudriñadora cámara cinematográfica, y luego dio por acabada la jornada de rodaje, pese a lo temprano de la hora.

—¿Ya no se trabaja más, Fletcher? —indagó Gladys Vernon, que mostraba aquel día un gesto cansado en su faz, más ojeroso que de costumbre.

—Diablos, no —farfulló el director—. Parece que todo se alíe para arruinar esta película. Oye esto, Fred. Procura curarte esa cara de una vez, a ver si puedes rodar pasado mañana. El día de mañana,

lo dedicaremos a filmar los planos que faltan con vuestras escenas, Gladys. Me refiero a ti, a Hampton y a Marty Rhy. Pero pasado mañana, Fred, rodaré tus planos, aunque salgas convertido en un Frankenstein. ¡Diablo, idos ya por ahí!

Sam Fletcher pagó su mal humor, voceando a los técnicos, mientras los actores se dispersaban hacia sus camerinos o en dirección al bar más inmediato.

Fred Deledda, aparentando absoluta indiferencia por las advertencias del director, se encaminaba ya a su coche, blanco y deslumbrante, aparcado frente al vecino Club Náutico de Long Beach.

Marty Rhy, por su parte, se encaminó a su yate, anclado al final de la escollera, para conducirlo hasta el embarcadero inmediato al Club Náutico. Solamente habían utilizado a «Blondie» en dos planos aquel día. Desde luego, la vida de su yate era mucho más descansada que la suya propia, al menos ante las cámaras cinematográficas.

Subió a bordo, y manipuló el yate, poniéndolo suavemente en marcha. Sin prisas, cruzó ante la zona de los embarcaderos donde habían realizado aquél oía las escenas de la película, y finalmente ancló ante el embarcadero de tablas, soportado por un bosque de pilares de cemento, que salía de la terraza del Club Náutico, penetrando en el mar.

Detuvo el motor, echó las amarras, y se dispuso a saltar al embarcadero. Entonces echó una mirada ceñuda al cielo, por encima de su cabeza. Volvía a aparecer nublado, y la humedad del aire parecía confirmar la vecindad de la lluvia. No quiso correr riesgos.

Descendió a la cabina del yate, tomando una chaqueta color marrón, de *sport*, para llevarla consigo, en previsión de que la noche volviera a refrescar o amenazar lluvia.

Fue entonces cuando, a través del ojo de buey del camerino, que caía a ras mismo de las tablas del embarcadero, vio las piernas de la mujer. Unas piernas bonitas, apoyadas en los altos tacones de unos zapatos color violeta. Le parecía recordar que alguien llevaba esos zapatos, pero no supo a quién correspondían. Las otras piernas, eran las de un hombre con pantalón gris, vulgar, y zapatos de ante, marrón, con ribetes a estilo mocasín.

El ojo de buey estaba entornado, sin ajustar del todo. Las voces llegaron hasta Marty borrosamente.

Era ella, la mujer, quien hablaba ahora:

—Necesito más. Y enseguida. No puedo seguir esperando...

—Ten un poco de paciencia —habló una voz de hombre, ronca y cautelosa—. Las cosas se han puesto feas. He visto a dos hombres desconocidos, en compañía del teniente Benson, esta mañana. Puede que sean federales. Con la muerte de Gaar, el peligro es muy grande ahora. No podemos arriesgarnos.

—¡Pero yo lo necesito! ¡No puedo vivir sin ello! ¡Tienes que proporcionármelo! —se excitó ella.

—Espera a mañana o pasado. Si hay una oportunidad, te...

—¡No espero! ¡No puedo esperar, y tú lo sabes! Si... si no me lo das hoy... soy capaz de todo... con tal de conseguir un poco...

—No seas tonta. No puedes hacer nada, y lo sabes. Sólo esperar. Yo procuraré darte algo. Pero no hoy.

Los pies del hombre se alejaban. Los de la mujer, tras una vacilación, corrieron en pos de él, con un rápido taconeo. Se detuvo el hombre, ella debió forcejear. Aunque Marty se inclinó cuanto le fue posible, la posición del ya e, con respecto al embarcadero, era totalmente adversa. Sólo descubrió el borde de la falda de tejido azulado de ella. Y un poco más del pantalón del hombre, hasta las rodillas. Sonó algo seco, áspero; una bofetada tal vez. El recular de los pies femeninos, tambaleantes, lo confirmó.

—¡He dicho que yo le daré la mercancía, cuando no haya peligro! —dijo abruptamente el hombre—. ¡Basta de histerismos, imbécil! Sigue haciendo tonterías, y todos iremos a la cárcel por varios años...

Los pies del hombre se alejaron ahora definitivamente. Marty pudo haber descubierto quién era él, por el expeditivo procedimiento de salir de su yate. Pero no lo intentó.

Allí había peligro. Mucho peligro. No se trataba de enfrentarse a un hombre sola, sino a una organización poderosa, que traficaba en drogas. Una organización responsable ya de la muerte de una muchacha, Lucy Lavern. Quizá de otras. La policía y el FBI andaban tras ellos. Aquél sería posiblemente un simple enlace. Y desenmascarlo, podía significar ser señalado para morir por los cabecillas de la secta.

Marty esperó, hasta que el hombre se perdió en el muelle, allá en la distancia. Solamente quedó la mujer en el embarcadero. Rhy, lentamente saltó del camarote de «Blondie» cuando ella ya se alejaba por el embarcadero.

La vio de espaldas, caminando vacilante, como ebria o enferma. Posiblemente esto último era más factible. Enferma por la falta de la droga a la que estaba habituada.

Era Gladys Vernon, la actriz cinematográfica.

* * *

Presionó el botón azul. Dentro de la lujosa residencia de Long Beach, sonó el zumbador, insistente. Marty Rhy, esperó apoyado en el quicio, hasta que la puerta se abrió, y un estirado mayordomo, digno de una tradicional película británica, apareció en su hueco, mirando fija y atentamente al hombre que llamaba.

—¿Qué desea, señor? —indagó.

—Ver a su patrón —dijo Marty con voz seca—. Diga que soy Rhy, su compañero de rodaje.

—Lo siento, señor. Pero no creo que mi patrón quiera ver a nadie —manifestó con gravedad el criado—. Me ha dado órdenes de que no admita visitas.

—No soy una visita. Soy un actor, un compañero del señor Deledda.

—Es igual —el criado sonrió pálidamente—. Los actores también son visitas. Y muy frecuentes, señor. Vuelva otro día. O llame por teléfono, concertando una cita.

—No creo que la necesite. Mañana ruedo con el Emperador Deledda I, de Hollywood —dijo sarcásticamente Marty—. Y durante el rodaje, los vasallos tenemos el raro privilegio de poder dirigir la palabra a Su Majestad.

Era evidente que el criado no estaba muy habituado a ese modo de réplica. Parpadeó, sin saber qué decir. Y también sin saber si cerrar la puerta al visitante o seguir dándole excusas. A fin de cuentas, Deledda en persona hizo un servicio inapreciable a su siervo, al aparecer ante Marty, como un personaje de dramática situación en una película mejor que la que ellos estaban rodando bajo la dirección del resignado Fletcher.

—Está bien, Hodgins —dijo secamente Fred Deledda—. Yo me ocupo de este señor.

El criado respondió servilmente, y también con cierta sorpresa. Dejó solos a Deledda y a Rhy, que se midieron mutuamente, con mirada no muy amistosa.

—El Emperador desciende las gradas del trono, y se mezcla con el populacho —dijo Marty, zumbón.

La faz de Deledda, deforme por los golpes sufridos durante su borrachera, reflejó auténtica irritación.

El «astro» americano de origen italiano, apretó los puños. Pero no perdió su compostura.

—Ya vuelve a molestarme, Rhy —dijo con sequedad—. ¿Viene a darme otra paliza, o ahora se conforma con insultarme, seguro de que nada va a sucederle por ello?

—Ni una cosa ni otra, Deledda. Quiero hablar con usted —dijo Marty, muy frío.

—¿Sobre qué? ¿Sobre mi «doble», asesinado en su jardín? No sé nada de nada. Equivocó el sitio donde ir, es evidente.

—Tampoco vengo a hablar de Raymond Gaar. Se trata de otra persona, Deledda.

—¿Quién?

—Otra persona que murió también. Lucy Lavern...

—¿Otra vez? —Deledda se irguió, furioso—. Mire, Rhy, he hablado de eso anteriormente, y esperaba que nadie me molestara otra vez con preguntas idiotas sobre Lucy. Lo ocurrido fue muy lamentable, pero...

—... Pero sucedió. Lo sé. Deledda. No voy a acusarle de nada. Sólo le quiero preguntar algo. Algo en lo que usted no tiene posiblemente intervención. Pero que me gustaría mucho saber: ¿quién le proporcionaba las drogas a Lucy Lavern? ¿Usted... u otra persona?

Fred Deledda le miró fija, obstinadamente. A veces, también su faz producía la impresión de lucir un perenne maquillaje, como el de su propio «doble» al morir. Había quien aseguraba en Hollywood que Deledda jamás se quitó la capa de maquillaje que le daba cierto atractivo artificial, muy eficaz sobre las damas imbéciles. Y esas abundan más de lo que mucha gente supone.

—Yo no tráfico en drogas —dijo Deledda con rudeza—. Jamás

se mezcló Fred Deledda en algo tan bajo. A veces he tomado drogas, no lo niego. Ni creo que usted lo utilice contra mí en el futuro, Rhy, por su propio interés. Pero de eso a forzar a Lucy o a ninguna otra chica a tomar narcóticos, hay un abismo. Acaso la aficioné levemente una vez; no fue mucho, se lo aseguro. Si ella se habituó, fue porque le gustó, nada más, Pero sobre la persona que pudo proporcionarle drogas... sé tanto como usted. ¿Por qué me lo preguntó?

—Tal vez porque la persona misma que proporciona drogas a muchos de los putrefactos ejemplares del firmamento de Hollywood, pudo haber matado a Gaar. E, indirectamente, a Lucy...

Fred Deledda no dijo nada. Pareció ponderar esa posibilidad. Apretó los labios, reflexionando en silencio. Al final, confesó con voz grave:

—No creo que fuera así. Pero si usted lo imagina, ¿por qué me pregunta a mí? No soy precisamente su amigo...

—Hay cosas ante las que no cuenta la amistad o enemistad de dos personas. Se puede luchar contra un enemigo común, por común interés. ¿Ha pensado en la posibilidad de que, tal vez, la persona que mató a su «doble», lo que quería realmente era MATARLE A USTED? Contra Gaar, hay escasas razones para que nadie deseara eliminarlo. En cambio, a usted hay muchos que darían años de vida por verle borrado del mundo...

Deledda rió agudamente. Luego, su inconfundible voz pastosa, se expresó fríamente:

—No me importa nada de eso, Rhy. Me complace tener enemigos. Si he de serle sincero, era Gaar quien, en nombre de otros más importantes a los que jamás vi ni me ocupé en buscar, me proporcionaba drogas. Por tanto, si estaba relacionado con ese tráfico, es más probable que desearan eliminarle a él que a mí.

—Posiblemente sí, pero eso todavía no lo sé. En cambio, sé de muchos que darían años de vida por verle muerto a usted, Deledda.

—¿Usted se cuenta entre ellos? —rió burlonamente el actor.

—Es posible que sí —dijo Marty, echando a andar para alejarse de la casa.

—¡Espere! —La voz de Deledda le cortó, cuando cruzaba el jardín de la suntuosa residencia adquirida por Fred Deledda, no lejos de la suya, en Long Beach—. Espere aún, Rhy. ¿De veras

quiere saber algo sobre ese tráfico de drogas?

—Las drogas me tienen sin cuidado, Deledda —replicó Marty—. No soy del FBI, sino un hombre que quiere saber quién mató a su «doble». ¿Y sabe por qué? Para que no me acusen a mí de esa muerte.

—¿A usted? —Deledda rió entre dientes—. ¿Por qué habían de quererle acusar a usted? ¿Es que tenía algo contra Raymond Gaar, mi buen «doble» cinematográfico?

—No contra él. —Marty le miró fríamente, ya cerca de la verja—. Pero sí contra usted, Deledda. Ellos saben que me repugna tanto su existencia que hubiera sido capaz de asesinarle, sin demasiados remordimientos. Y en una noche lluviosa, cualquiera pudo confundir a Gaar con usted...

—Seguro —el actor soltó una breve risita sarcástica—. ¿Pero... lo hizo usted?

—Por desgracia, no —suspiró Marty—. Yo, nunca hubiera cometido un error así...

Dejó a sus espaldas a Fred Deledda, con su suntuoso *bungalow* y su expresión preocupada, en la faz que sus golpes deformaron la noche de la reyerta.

CAPÍTULO VIII

—¿De modo que hoy no hay rodaje?

—No. La productora juzga que hay que dar un par de días de descanso a Deledda, en lanío sana de sus heridas en la cara. —Él no ha revelado que fueron producidas por sus golpes, Marty. Eso le tiene que agradecer, a fin de cuentas. Los productores están furiosos con su versión de la borrachera y todo eso...

—Es un raro rasgo de lealtad en nuestro amigo —dijo Rhy, con sarcasmo—. Recuérdeme que se lo recompense antes de acabar el rodaje, con una buena caja de bombones, Wanda.

—Es usted incorregible —rió Wanda Leigh—. Odia tanto a Deledda, que sería capaz de todo, con tal de verle hundido.

—Creo que sí. Pero de todo lo legal, lo justo, lo honrado. No me gusta apelar al juego sucio, ni siquiera con los que juegan sucio, Wanda. No sería capaz de matarle. Ni de pagar a nadie para que lo hiciera. Pero me gustaría verle entre rejas, o hundido totalmente. Lo merece. Deledda es un tirano, un reyezuelo obsceno y repulsivo, como hay tantos en este lodazal inmundo. Es un tipejo viscoso, engreído, que se cree superior a todos. En realidad, no es más que un emigrante que se engrandeció gracias a este país, y se lo paga procurando verter sus gusanos en todas partes, para pudrir cuanto le rodea. Por fortuna, la manzana americana es demasiado sana para que lacras así la socaven. Al final, los tipos como Deledda, mueren víctimas de su propia obra...

—Casi parece un oráculo —sonrió Wanda Leigh, mirándole asombrada por encima de la mesa, del florero cursi de «Fishing Bulevard's

Inn», y del humo apetitoso de las langostas recién servidas, sobre las que vertió la joven las salsas de las salseras situadas junto el plato

—. Pero por desgracia, los tipos como Deledda, gozan de larga vida. Ya lo vio. Gaar cayó en su lugar. ¿Por qué no fue él?

—Gaar tenía sus culpas —dijo Marty, encogiéndose de hombros, mientras apartaba la carne blanca de la langosta, de su corteza roja, con olor a salitre y a frescor—. Era un mal bicho, a fin de cuentas. Dicen que él distribuía las drogas en Hollywood. Y creo que era cierto. Sólo que Gaar estaba demasiado metido en líos. Y alguien lo borró del mapa.

—¿Ya no opina que murió por un error, al confundirle alguien con Deledda?

—Ésa es la otra teoría. Pero resulta significativo que mataran a Gaar, precisamente cuando acaba de realizarse un gran negocio de drogas al por mayor en la costa de California, y la policía cree que la mayor parte de los estupefacientes están a punto de pasar a manos de un comprador que abonará millones por ellos. Sé de muchos crímenes mucho más atroces, provocados por simples miles y aun centenares. Hay quien por millones sería capaz de matar a su propia sombra.

Wanda Leigh sonrió. Luego con tono grave:

—¿Por qué hemos de estropear el menú con ese tema de charla tan macabro, Marty? Ya que me ha invitado a cenar y yo acepté, ¿no será mejor hablar de cosas más gratas?

—Oh, sí, perdoné. Creo que he perdido el poco tacto que poseía —rió Marty, con cinismo—. Debe ser influencia de Hollywood, ¿no creé?

—Sigue siendo siempre el mismo. Vamos, vamos. Cenemos y bailemos un poco, antes de ir al teatro. O la noche se echará a perder con esos temas tan terribles que usted aborda...

Rhy asintió, riendo. Sí, sería mejor olvidar el crimen y todo lo demás. Como decía ella era demasiado feo para que mereciera la pena mencionarse. Y menos en una cena con Wanda. Ella era una muchacha lo bastante bonita como para olvidarse de todo eso. La culpa de que hubiera llegado a olvidarlo, era exclusivamente suya.

—Perdone, Wanda —musitó—. En Hollywood, uno acaba incluso por olvidarse de que es un ser humano...

Había sido una buena comedia. Y los intérpretes, actores todos de Broadway, en gira por el Oeste, demostraban hasta qué punto la gentecilla de aquel lugar llamado Hollywood se limitaba a ser simple parodia de actores y actrices.

—Hace mucho tiempo que no veía esa sinceridad en unos intérpretes —confesó Wanda, con un suspiro, cuando el coche se alejaba del teatro adonde acudiera con Marty.

—Diga eso ante unos periodistas, y la echarán de Hollywood veinticuatro horas más tarde, acusada de sabotear a la muy digna industria del cine —rió Marty, sarcástico.

—Son cerca de las once, Marty —dijo ella, tras un silencio—. Lástima que la noche termine ya...

—¿Se retira a descansar?

—No, no —sonrió ella—. Aún tengo trabajo...

—¿Trabajo? No querrá decir que tiene que empezar a maquillar ahora, ¿verdad?

—Exactamente, no. Pero sí en cierto modo. —Wanda hizo un gesto de fatiga—. Nuestra labor maquilladora no se reduce solamente a trabajar sobre rostros vivos, de carne y hueso. Si surge alguna otra producción histórica o de época, hemos de trabajar primero sobre los figurines y bocetos de caracterizaciones, ensayando en rostros inanimados lo que creemos debe realizarse en las facciones del actor o actriz. Gracias a eso, cuando llega el día de rodaje, sabemos los rasgos que hay que matar y los que deben ser resaltados e incluso inventados por el maquillaje. La firma «Andrea Devin» tiene demasiado prestigio en Hollywood para abordar un trabajo delicado sin total seguridad en sí misma.

—¿De modo que empieza algo de época?

—Sí —rió Wanda—. «El Gladiador» creo que se llama. Algo sobre la antigua Roma...

—¡Cielos! —Se estremeció Marty—. Viendo películas así, es cuando uno más aborrece a Hollywood...

Ella, se limitó a responder con una risa divertida. Y no exenta de complacencia por su comentario.

* * *

—La dejo en casa. En su casa habitual, al menos. Entre caras

falsas, maquillajes, polvos y cosméticos. ¿Habrá para mucho tiempo?

—Oh, no lo creo. Cosa de tres o cuatro horas —dijo Wanda con sencillez, consultando su reloj con aire resignado.

—¿Hasta bien entrada la madrugada, por tanto?

—Sí. Pero mañana no hay rodaje. No puedo quejarme. Podré dormir cuanto guste, Marty.

—Me hubiera agradado poder pasar el día libre con usted. Ir de excursión, visitar algún sitio bello de Long Beach...

—No creo que sea el día apropiado: —ella señaló hacia el cielo nublado—. Sin embargo, hay sitios a cubierto, tan sugestivos como los que están al aire libre. El acuario, las piscinas de agua templada, los bosque de secuoyas, cuyas copas son capaces de cubrirle a uno de la más copiosa lluvia... Pero no sé si será el día adecuado...

Bostezó, al decir esto. Rhy allanó dificultades con tono alegre:

—No se preocupe. La llamaré por teléfono a las dos de la tarde. ¿Buena hora para iniciar una excursión?

—Magnífica —sonrió ella—. Es usted incorregible, Marty. ¿Siempre logra lo que quiere?

—Casi siempre. Si fuera como usted dice, no estaría ahora en Hollywood, porque hubiera pagado los sesenta y cinco mil dólares que debo... sin necesidad de hacer tonterías ante una cámara... ni de andar metido entre asesinos y traficantes de drogas.

Se estrecharon la mano. Miráronse a los ojos, con expresión intensa e indefinida. De pronto, Marty se sintió sorprendido por algo que brotó espontáneamente de labios de Wanda:

—¿Sabe una cosa, Marty? Un día, vi a Gladys Vernon ingerir un polvillo blanco, durante un descanso en el maquillaje. Ella se ocultó enseguida al advertir mi presencia, pero ya era tarde. Yo la había visto.

—Gracias, Wanda. Sabía que Gladys es cocainómana. Otras habrá que tomen morfina, opio o cosa parecida. Es lo de siempre. La he visto pedir drogas, desesperadamente. Lástima que no viera al hombre que hablaba con ella de eso.

—Nunca la vi con nadie, Marty, que pudiera sugerir un tráfico de narcóticos. Pero recuerdo que aquel día, ella parecía realmente decaída, hundida. Luego, ingirió eso, y fue otra. Pero entre ambas cosas, hubo algo más que una simple sesión de maquillaje...

Rhy la contempló, sorprendido. Enarcó las cejas, como pidiendo más detalles, a la vez que comentaba, pensativo:

—¿Sí?

—Sí, Marty. Ella... ella acababa de visitar la oficina de mi jefe la señora Andrea Devin en persona...

Luego, Wanda desapareció dentro del edificio destinado al trabajo de maquillaje, sin aclarar nada más. En realidad, Marty Rhy tampoco lo necesitaba.

Wanda Leigh acababa de darle, quizá, la única pista que podía permitirle continuar la investigación, contra viento y marea...

* * *

Marty Rhy cerró la guía telefónica, rebuscó en sus bolsillos, y tiró un níquel en la ranura. Pidió Hollywood, e importe de la llamada. Tras dar el número, le señalaron que depositara el importe en el teléfono. Lo hizo así y esperó. Establecióse comunicación. El timbre del receptor zumbó, al otro extremo del hilo. La llamada se prolongó durante un buen rato, hasta, que alguien descolgó el teléfono e indagó:

—¿Quién llama?

—¿Gladys Vernon? —preguntó Marty escuetamente.

—¿A qué Gladys Vernon busca? —dijo la voz—. Si es a la actriz de cine, puedo advertirle que se ha equivocado y...

Sin duda era el sistema para ahuyentar llamadas, siempre posibles y siempre molestas, de admiradores de la actriz. Lo malo para ella, es que Marty había reconocido su voz. Sonrió, manifestando:

—Señorita Vernon, será mejor que no finja. Soy Rhy, Marty Rhy. Acaso no me recuerde. Pero soy compañero suyo de rodaje.

—Claro que le recuerdo —rió ella—. No le había conocido antes. El hombre que fue capaz de maltratar a fondo a Fred Deledda en persona. ¿No siente miedo de lo que hizo, Rhy?

—En absoluto. Yo nunca temo por las consecuencias de lo que llevo a cabo, Gladys.

—Me gustan los hombres que son así. ¿Por qué me llama ahora?

—Quería saber si está sola en su casa. Y si la Gladys R. Vernon que figura en el listín de Hollywood es usted...

—Gladys Randsome Vernon. Yo misma —rió ella de buena gana—. ¿Para qué quiere saber si estoy sola?

—Curiosidad. Y ganas de charlar con usted... a solas.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—¿Olvida que usted es un sospechoso de la policía? El «West Pictures Clarion», dice que acaso el asesino de Raymon Gaar, tiene por iniciales una M. y una R. No creo que se refiera precisamente a Marty Robbins, el cantante.

—Desde luego que no. Esos puercos del «Clarion» aluden a mí. Es una bazofia de diario.

—Pienso igual. Le recibiré en mi propia casa, sea la hora que sea. ¿E o le demostraré mi fe en usted?

—Creo que sí. Iré a Hollywood enseguida. No se mueva de casa, Gladys.

—Claro que no. Le aguardo. ¿Desde dónde llama?

—Desde Long Beach. Tardaré poco en llegar. Y no llevaré mis guantes de estrangulador ni mi hacha especial para cuellos femeninos...

—Oh; entonces será una visita muy aburrida —rió Gladys, al otro extremo del hilo—. Será preciso que nosotros mismos la animemos...

Y tras esa insinuante declaración, colgó Gladys Vernon: Marty también. Luego, se encaminó con rapidez a su coche. No había tiempo que perder. Cuando antes viera a Gladys, en su santuario lujoso de Beverly Hills, tanto mejor.

* * *

Las cosas estaban tomando forma rápidamente.

Wanda no podía imaginar siquiera la importancia de su revelación a Rhy, con referencia a Gladys Vernon y a otra persona que, hasta entonces, se mantuviera al margen del misterio: Andrea Devin, la directora-propietaria de la Empresa maquilladora más importante de los Estados Unidos, detrás de Max Factor.

Marty salió dentro de su coche, y lo puso en marcha sin perder tiempo. Enfiló por la carretera costera de Long Beach a Santa Mónica, y aceleró, una vez lejos de la zona urbana de Long Beach.

El vehículo de segunda mano, adquirido para los días en que tuviera que permanecer rodando con la «Westerns Pictures», respondía bien a su mando. Marty, además, era tan buen chofer como excelente navegante con su inseparable «Blondie».

Las luces de la ruta desfilaban a ambos pasos, como dos interminables gusanos de luz que serpentearan en los flancos de la carretera de asfalto negro, charolado por una incipiente lluvia que acaso aumentara después. Al menos el cielo, sobre el litoral, volvía a ofrecer un aspecto gris y ceñudo, nada alentador.

De súbito, Marty, apreció algo raro en su coche. Parecía como si al motor le costara trabajo funcionar correctamente. El vehículo renqueaba, no respondía ya a sus exigencias, al volante.

Marty clavó los ojos, alarmados, en el tablier. Una aguja, oscilando casi al límite inferior, le reveló la verdad. ¡No poseía ni una gota de gasolina!

Eso le sucedía a medio camino, distando quizá varias millas del más cercano puesto de aprovisionamiento. Por tanto, le iba a ser difícil repostar. Encajó las mandíbulas, furioso. Allí ocurría algo raro. El mismo hizo poner gasolina a su coche, pocas horas antes. Debería tener el depósito casi lleno. En vez de eso, iba vacío. Tenía que frenar, o sería peor todavía...

Metió el freno, deteniendo en seco su vehículo. Un camión pasó, fugaz, por su lado, perdiéndose en la distancia, hacia Santa Mónica. Otro automóvil, ahora un turismo, le rozó, antes de ser engullido por la oscuridad, hacia el norte, cuando él pisó el suelo, saliendo del coche.

Acaso había sufrido una pérdida de combustible. Bastaría que alguien le prestara un poco de su propio coche, para poder continuar adelante. Un par de faros le deslumbraron, al detenerse un automóvil tras él. Le pareció que era un «Pontiac» verde o curo, pero no podía estar demasiado seguro de eso. La noche era oscura, y la llovizna servía de velo brumoso a cuanto intentaban descubrir sus ojos.

La portezuela del automóvil se abrió. Dos individuos descendieron. Luego otro. Eran tres, y se acercaron a él. Marty, deteniéndose, en espera de ellos, comenzó:

—Por favor, creo que mi depósito tiene un escape. Me he quedado sin gasolina. ¿Serían tan amables de...?

Ahí se cortó. De repente, descubrió lo que sucedía. Intuyó la verdad. Pero demasiado tarde. Quiso dirigir la mano a su bolsillo interior, donde guardaba otra arma ahora, en previsión de lo que ocurriese, y supliendo a su desaparecido 38: un pequeño revólver chato, de calibre 32, eficaz y potente como el que más.

No pudo hacer nada. Ni utilizarlo, ni eludir el ataque. Los tres hombres eran enemigos. Iban con los rostros cubiertos por pañuelos negros, y esgrimían porras de goma maciza en sus manos enguantadas. Cayeron sobre él con rudeza. Fugazmente, cuando los contundentes instrumentos cayeron encima de su cabeza, tamborileando con bestial energía, creyó percibir un monosílabo en italiano.

A pesar del aturdimiento sufrido por los primeros golpes, Marty Rhy reaccionó, disparando sus puños contra los adversarios, a quienes tocó de refilón. Uno, sobre todo, farfulló algo, igualmente en italiano, y se dobló, tosiendo secamente. Su porra rodó por el suelo, y tuvo la desgracia de tropezarse con otro directo desesperado de Marty.

Dobló ahora la cabeza, cayendo hecho un ovillo al asfalto de la ruta. Marty revolvióse, con ira acrecentada, intentado lo imposible por salir del cerco de atacantes.

Había logrado ex raer su arma, la alzó contra ellos. Una porra de goma le pegó de lleno en la sien derecha, haciéndole caer de costado sobre el asfalto húmedo. Otra le dio en los riñones, y la primera volvió a machacar, ahora en plena nariz. La sangre brotó, tumultuosa, del punto herido. El dolor le aturdió. Pero no lo bastante.

Disparó al azar. Su revólver hizo un estruendo seco y atronador. Poco más allá, un autobús de línea entre Long Beach y Santa Mónica, pegó un frenazo, sin duda al ser oído el disparo por su cobrador.

—*¡Sapristi!* —aulló uno de sus agresores—. *¡Andiamo, presto, Costello!*

Luego, otro porrazo formidable en su cara, cerca de la sien. Le derribó definitivamente en la carretera. Marty Rhy se quedó inconsciente, todo se borró de sus ojos, y solamente el golpeteo de la fría lluvia en su cara sangrante, le llegó de forma confusa, antes de sumirse en la inconsciencia...

CAPÍTULO IX

Se apoyó tambaleante en la puerta. Pugnó por conservar el equilibrio.

Le dolía mucho la cabeza. Y la cara, y los riñones. Los esbirros de Deledda habían hecho su labor a conciencia. Acaso le hubieran quebrado todos los huesos, de no mediar la presencia del autobús en la carretera.

Pero eso le había salvado. Si no de la paliza, que cayó sobre él con toda su virulencia, sí de una suerte peor. Tipos como los latinos esbirros de Deledda, no se paraban ante el posible efecto mortal de sus golpes.

No lo habían logrado, se dijo rabiosamente, manteniendo el equilibrio a pesar del dolor y de los calambres de sus sienes. Los ojos le bailoteaban, y sabía que caería de un momento a otro, si no tenía fuerza de voluntad. Sólo que Marty Rhy siempre tuvo fuerza de voluntad, incluso frente a enemigos mil veces mejores que Contano y Costello, los dos guardaespaldas de Deledda.

A pesar de ellos, allí estaba. En Hollywood, en la Residencia Vernon, propiedad de la actriz. Por suerte, los del autobús no llegaron a llevarle a la policía, ni avisaron a ésta. Eso hubiera hecho perder mucho tiempo. Marty les convenció de que era un actor de Hollywood, a quien dos rufianes trataron de atracar.

Lo creyeron, así como su pretendido afán de no dar notoriedad al asunto, y los del ómnibus, habituados sin duda a las rarezas de unas gentes que vivían de su popularidad y velaban celosamente por la pureza comercial de ésta, le dejaron continuar, tras atenderle y proveerle de gasolina.

Ahora, estaba ya en Hollywood. En casa de Gladys Vernon. Se apoyaba en el quicio de la suntuosa entrada al palacete de Beverly

Hills. Iba a pulsar el timbre.

Cuando oprimió, con su mano vacilante, comprobó que no era preciso hacer tal cosa. El timbre funcionaría sin duda. Pero la hoja de madera de la entrada, parecía aún más suave que el propio botón de color marfil. Cedió con un leve chirrido, se abrió a su presión... y le mostró el paso franco, hacia el interior de su vivienda.

Marty Rhy se quedó inmóvil, sorprendido. Consultó su reloj, a la luz de la farola que pendía del porche de la residencia, frente a los helechos, setos y arriates floridos, brillante de lluvia. Las gotas de agua, tamborileaban intermitentes, sobre las hojas de los arbustos y las piedrecillas del sendero del jardín.

Eran las dos. Hora lo bastante anormal como para no tener puertas abiertas, ni siquiera en casa de una «estrella» de cine. Pero aquella puerta estaba abierta. A Rhy no le gustó. Sin embargo, siguió adelante, tras llamar con voz ronca:

—¡Gladys! ¡Gladys, soy yo! ¿Puedo entrar?

Calló, al comprobar que todo eso no servía de nada. Gladys no contestaba. Ni siquiera su servidumbre. Tal vez era su noche libre. Lo raro, seguía siendo la puerta. ¿Por qué estaba abierta?

Recorrió toda la planta inferior sin encontrar a nadie. Luego, ascendió la amplia, lujosa escalera alfombrada de color violeta. Recordó los zapatos de la mujer que, en el muelle, pedía a alguien una dosis de narcótico. A Gladys le gustaba el color violeta, era evidente.



—Creo que el asesino nos tiene cogidos, Wanda.

Primero encontró un dormitorio, desierto y en sombras. Continuaba sin encontrar el menor rastro de ningún ser viviente. Siguió por el pasillo. La puerta inmediata llamó su atención.

Aun antes de abrirla, sabía que allí iba a ser distinto. Allí, sí había luz. Se escapaba por las rendijas. Una luz tamizada, de tono rosado.

En efecto, había un ser. Aunque no fuese viviente.

Vio a Gladys Vernon, sin necesidad de entrar en la habitación ni ríe pisar su alfombra espesa, de inevitable tono violeta, como las cortinas y algunos detalles decorativos.

La famosa actriz de la pantalla, estaba ante el espejo de su tocador. Maquillada, tersa la hermosa piel que cubría el cosmético de un tarro de «Pancromático Andrea Devin», con la luz destacando los trazos azulados de sus ojos, el rojo artificial de unos labios ya marchitos y descoloridos bajo el maquillaje.

Tenía los ojos fijos en el espejo que reflejaba su falsa hermosura de actriz maquillada. Ojos vidriados, sin expresión, sin vida. Sin ver nada de cuanto parecían ver...

La infortunada actriz que todo lo tuvo en su dorada vida de Hollywood, no era más que un hermoso cadáver maquillado. De su nuca, bajo los cabellos rubios por el tinte, asomaba el desagradable, feo mango de un estilete o afilado puñal, quizá un vulgar cortapapeles, que sin duda le cortó las vértebras, con precisión de mortífero bisturí.

La sangre, había corrido por su espalda, semidesnuda bajo el *deshabillé* de encajes, hasta formar charco al pie de la silla. Ésta y el tocador, servían de apoyo al cadáver, aparentemente dolado de vida.

Marty no necesitaba entrar para saber que estaba muerta. De todos los cadáveres que viera en su vida, quizá ninguno estuvo tan muerto como aquél, se dijo con amargo sarcasmo. Además, la posición de la muerta era tan artificial, que bastó que él se moviera ligeramente, arrugando la alfombra violeta, para que el rígido cuerpo cediera en su equilibrio, derrumbándose seca, lúgubrementemente, sobre el tocador...

El tarro de maquillaje, golpeado por un brazo de la muerta, rodó por la alfombra, como un elemento incongruente y estúpido, en el horrible cuadro de la alcoba femenina.

Allá afuera, en alguna parte de Beverly Hills, un coche-patrulla de la policía estaba haciendo sonar su sirena. Y ésta, cada vez se acercaba más...

* * *

Si algo era capaz de hacer rápidamente Marty Rhy en su vida,

era eludir todo peligro inminente, todo riesgo inmediato, con una rapidez de acción realmente prodigiosa.

En cuanto la sirena policíaca, con un ulular desagradable y monocorde, hirió su oído, Marty Rhy se apresuró a lanzarse, en rápida carrera, lo más lejos posible del escenario de un crimen al que era ajeno. Pero que parecía cuidadosamente dispuesto para que él cargara con la nueva responsabilidad ante la ley. Era como un regalo envuelto en celofana. Lo malo del regalo, era que podía llevarle directamente a la cámara del gas.

Salíó de la estancia. Pensó en descender, en salir al jardín y huir de la casa por el mismo punto por donde llegara. En el acto, desechó la idea por necia. No tenía tiempo para hacer nada de eso. Benson y su pandilla llegarían a la vivienda de Gladys, cuando él ni siquiera habría alcanzado la verja de salida. Sería como ir a caer en sus manos, dándoles hecha toda la tarea, sin el menor problema para la digna policía hollywoodense. Que posiblemente, después de todo, era digna aún en aquel lugar. Ellos no tendrían culpa, a fin de cuentas de que, una vez capturado el ciudadano americano y del mundo, Marty Rhy, resultara ser el culpable ideal de aquel nuevo delito preparado en su honor.

En vez de ir a encontrarse con los amorosos brazos de Benson y sus subordinados de azul, optó por buscar el lado opuesto a aquel que utilizarían los agentes de la ley para llegar, en pura lógica, al palacete de la. Vernon.

Marty corrió a la parte posterior de la vivienda, y se asomó a la ventana del piso superior. Era alta, pero no con exceso. Abajo, había flores, hierba, arbustos. Saltó, sin entretenerse más:

Surcó el aire, entré gotas de lluvia que le azotaron rabiosamente, sus pies golpearon con blandura la tierra recubierta de hierba, y la flexión de sus rodillas frenó el impacto de la caída. Luego, Marty corrió aceleradamente, hacia la verja exterior, por su lado trasero a la edificación.

Corría al otro lado una alameda arbolada, descendente, no muy iluminada ni concurrida al parecer. Salvó la verja con elasticidad de mono, Y justamente cuando un automóvil frenaba, con largo chirrido de frenos, ante la casa de la actriz, por el lado opuesto corría Marty Rhy, perdiéndose en las sombras de la calle, en busca del cercano aparcamiento de su coche, que esperaba no hubiera

hallado los patrulleros de la policía local.

Alcanzó el coche sin nuevos problemas, tras rodear varias manzanas de residencias y palacetes inmediatos, para despistar a posibles observadores. Luego, apareció con paso tranquilo en la cercana zona de aparcamiento donde dejara su vehículo. No había policías en torno, aunque en la distancia, otra sirena ululaba, marcando el aproximar de otro coche-patrulla al lugar de la tragedia.

Marty Rhy, con una tranquilidad y sangre fría que era sólo aparente, relativa, condujo con rapidez, alejándose de Beverly por una carretera interior, hacia Burbank.

Su gesto tenía la dureza del granito, inclinado sobre el iluminado *tablier* del coche, que hacía resaltar sus facciones, tras el parabrisas cubierto de lluvia, como si estuvieran cinceladas en un metal durísimo. Miraba ante sí, a la carretera barrida por la luz de los faros, que horadaba limpiamente la cortina de agua rumorosa.

Alguien había llevado el juego muy lejos. Ya no era solamente la muerte accidental de una muchacha viciosa, inconsciente. Ni el asesinato de un hombre, parecidísimo a Fred Deledda, y mezclado en contrabando de drogas. Era más, mucho más.

Otra perdona había muerto: Gladys Vernon, la actriz de cine. Cuando Fletcher supiera eso, sufriría un ataque de apoplejía. Y Oates perdería los últimos cabellos de su cabeza. A Gladys la había matado alguien. Alguien que sabía que él iba a verla esa noche. Alguien que acabó con ella, para impedir que la actriz hablase a Marty Rhy, y le revelara quién era el que suministraba drogas a todos los actores viciosos de Hollywood...

Pero también el asesino, tuvo la sangre fría suficiente como para dejar todos los detalles de modo que, al llegar él, picaran su curiosidad. Y así, la policía, avisada por el criminal, le hallaría con el cuerpo del supuesto delito junto a sí.

Ése era el proyecto. Pero había fracasado por el momento.

Y ahora, Marty Rhy acudía a cierto lugar. En busca de una persona. En busca, tal vez, de la clave decisiva del enigma sangriento en que estaba envuelto. En busca del ser abominable y cruel que maquillaba a aquéllos a quienes tenía que asesinar... casi como una pavorosa, espeluznante «marca de fábrica»...

Marty Rhy aceptaba el reto del asesino. Ahora, era una cuestión

personal entre ambos. Era inocente. Y estaba dispuesto a demostrarlo ante la ley.

Pero un tipo con su mala fama, era difícil que demostrase nada de eso. No le creerían. Ni la policía local, ni el FBI...

Solamente existía un medio, una forma de probarlo, contundente y sin apelación: presentar al verdadero asesino.

Eso era, justamente, lo que se disponía a intentar Marty Rhy...

CAPÍTULO X

Wanda Leigh lanzó un gritito. De su mano, rodó por el suelo el tarro de maquillaje de fondo «Andrea Devin», y una barra de carmín perfilador, que se quebró al rebotar en el borde de un mueble.

Los ojos de la joven, cuajados de terror, miraron hacia el hombre que había emergido, súbitamente, en el hueco de la puerta.

—¡Dios mío! —jadeó la muchacha, muy pálida—. Me había asustado usted... Creí que podía ser otra persona, Marty...

—¿Quién? ¿La policía? ¿O un asesino?

—Más bien creo que un asesino —suspiró ella, mirándole con aire intrigado—. ¿Por qué había de asustarme la policía? No tengo nada que temer de ella.

—Dichosa usted, Wanda. Yo, creo que estoy cargado de acusaciones hasta la raíz de mis cabellos.

—¿Usted? ¿Por qué había de estarlo, Marty? —Por primera vez, observó su cara—. ¡Cielos, le han puesto bueno! ¿Se ha caído?

—Podría decir eso. Pero no soy un maldito embustero, como Deledda. Sus «chicos» se ensañaron bien conmigo. Se ve que a Deledda le gusta devolver golpe por golpe. De no ser por unos testigos casuales, creo que mi físico estaría mucho más estropeado ahora...

—Dios mío, ¿fue eso? No pararán hasta destruirle... Se lo avisé, Marty. Venga, yo le curaré. Sé maquillar, pero también sé curar heridas. Y desinfectarlas.

—Hay alguien suelto por Hollywood, que también sabe maquillar. Y matar.

De nuevo el terror afloró a los ojos y la faz de Wanda, cuando Marty habló así. Le miró fijamente, angustiada. Parecía no entender. O acaso entendía demasiado.

—¿Qué... qué quiere decir? —musitó.

—Gladys Vernon —informó Marty—. La vi en su casa de Beverly Hills. Estaba muy guapa, muy bien maquillada. Sin duda lo hizo un experto. Pero luego, la mató. O acaso maquilló sólo un cadáver, no sé...

Wanda chilló levemente. No agudizó más su voz, porque Marty lo impidió, apoyando suavemente sus dedos en los labios carnosos de la muchacha. Ella le contempló, aterrada.

—Parece obra de un maniático, sí —asintió Marty Rhy—. Sé lo que piensa. Pero si es un loco, tiene mucha astucia para culpar a otros. Antes de irse, dejó todo a punto para que yo cargara con las culpas. Incluso avisó con oportunidad asombrosa a la policía...

Wanda retrocedió unos pasos. Balbució con voz rota, mirándole muy fija:

—¿No estará..., no estará pensando que pude ser yo la... la qué...?

—¿La que mató a Gladys? No, no lo creo. Ciertamente pudo anticiparse, pasarme de largo, en tanto los esbirros de Deledda me sacudían a conciencia, matar a Gladys y volver... Pero eso puede aplicarse por un igual a todos los que conocían a Gladys y residen en Long Beach durante el rodaje.

—Pero usted habló de maquillaje... —Wanda señaló los cosméticos, el camerino de maquillar actores—. Yo soy experta. Eso me hace más sospechosa aún, ¿no cree?

—Sí, la hace muy sospechosa. Es más, yo creo que hay una mujer metida en todo esto. Pero no es usted.

—¿Quién, entonces?

—Usted lo sabe. Alguien que conoce a fondo la técnica del maquillaje, como usted. Alguien a quien nunca mezclamos en todo este lío. Y que, sin embargo, creo que fue quien me adelantó, camino de Beverly Hills, mató a Gladys, y regresó.

—¿Se refiere tal vez a...?

—A Andrea Devin, la propietaria de la Empresa maquilladora, sí —asintió serenamente Marty Rhy—. Ella mató a Gladys. Y ella maquilló a ésta y a Gaar, el «doble» de Deledda...

—Muy inteligente, señor Rhy —dijo una voz helada tras ellos. —¿Qué más puede explicar el brillante detective?

Wanda ahogó un gemido de vivo terror. Marty Rhy,

palideciendo ligeramente, se volvió hacia el punto de donde llegara la voz.

Allí estaba la dama de honorable aspecto que era Andrea Devin, la directora-propietaria de la firma de cosméticos de Hollywood. En vez de lucir una coquetona polvera, esgrimía una pistola automática, que apuntaba directamente a Marty y a la joven empleada de la firma.

—Vamos, prosiga —invitó Andrea Devin, con un fulgor helado en sus ojos—. ¿Qué más tiene que decir el inteligente investigador que tanta sagacidad demuestra?

—Apenas nada —dijo glacialmente Marty—. Me gustaría poder referir aquí otras cosas. Como el nombre de la persona que se oculta detrás de usted, señora Devin... Sólo que eso lo ignoro por completo...

—Y morirá ignorándolo —fue el epitafio pronunciado por la mujer de la pistola automática, con la más cortante y despiadada de las voces.

* * *

—¡Señora Devin! —susurró Wanda—. ¡Usted! Oh, eso no es posible...

—Lamento defraudarte, pequeña —sonrió la dama de los cosméticos con aire mefistofélico—. Verás que tu amigo, el señor Rhy, es muy listo. Lástima que esa inteligencia sólo le sirva para cavar su propia fosa. Y la tuya, por supuesto.

—¿Cree que resolverá algo con matarnos? —replicó fríamente Marty—. Es una cadena, señora Devin. Una cadena que nunca termina. Habrá otros...

—No habrá más. Y si hay alguno, será igualmente eliminado. ¿Cómo supo que yo estaba metida en esto, señor Rhy...?

—He tratado con muchos contrabandistas, a lo largo de mi azarosa vida. El sistema de introducir piedras preciosas o bolsitas de drogas en los tarros de maquillaje, es tan viejo como el mundo. Como el mundo que se maquilla, se entiende —sonrió, hosco—. Pero no se conocía el juego, aplicado a una auténtica empresa de maquillajes de su prestigio... y que ofrecía la singular circunstancia de poseer factorías en

Hong-Kong,

Macao y Tokio, para sus perfumes y sus cremas con aromas orientales. No podía ser difícil introducir en sus mercancías, demasiado prestigiosas para que se registrasen en la aduana, e incluso demasiado evidente para que los federales buscaran ahí la razón, toda clase de estupefacientes, sin ser encontrados. Ésa era la primera razón que me hacía sospechar de su firma.

—¿Y la segunda?

—Que usted hablase con Gladys Vernon... y en el acto —ella pareciese menos irritada. Era evidente que le proporcionaba drogas. Usted podía ser solamente una asidua de los narcóticos. Pero a mí me pareció que no. Luego, cuando Wanda me dijo aquí mismo, a la entrada, que Gladys había hablado con usted, y yo acudí a saber por Gladys la verdad, la encontré muerta. Y llevaba poco tiempo con el cortapapeles hincado en la nuca. Por tanto, alguien corrió más que yo. Alguien que se preocupó previamente de enviarme encima a los gorilas de Fred Deledda, para que me batieran bien el cobre, mientras usted tenía tiempo de matar a Gladys. Lo comprendí en seguida. ¿Quién, sino usted misma, podía haber escuchado desde aquí dentro, cuando Wanda habló conmigo, mientras abría la puerta de la edificación? Todo estaba muy claro, señora Devin.

—Muy bien. Ha tenido un auténtico alarde de inteligencia. Es el último, por desgracia. Voy a matarle. Como maté a Raymond Gaar, porque ya me estorbaba, una vez realizado el negocio. Éste es el último, señor Rhy. Por eso no me cogerán ya. Ahora me reporta millones. Desapareceré de la circulación. Con mis millones, claro. Y usted y su bonita amiga, no podrán denunciarme. No vivirán para ello. Lástima. Hubieran podido ser felices los dos. ¿Por qué se metieron a detectives?

—Los humanos cometemos errores —dijo fríamente Marty, estudiando la posibilidad de atacar a la dama armada. Pero no iba a ser fácil. Ella se las sabía todas.

Oprimió a Wanda contra sí. Era lamentable estar en aquella situación y no disponer de un arma. Se confió demasiado. Nunca creyó que la Devin espicara de nuevo, dentro del pabellón de maquillaje de la Western Pictures. Como él mismo dijera poco antes, los humanos cometen errores. Aquél había sido el peor.

—Habló de alguien que se oculta tras de mí —rió ella—. Lástima

que muera sin saber quién es, ¿verdad, Rhy? Le hubiera gustado conocer ese pequeño detalle...

—Creo que a un futuro cadáver, se le puede revelar eso —dijo Marty, burlón—. ¿No va a hacerlo?

—Tal vez me decida —rió ella, maligna—. Adonde usted va, no hay puestos de policía ni nada de eso. El teniente Benson y el FBI, solamente podrán establecer contacto con usted y Wanda Leigh, a través de una sesión de espiritismo. Y no creo que lo hagan.

Reía su propia gracia. Iba a disparar. Tal vez le diría el dato final, mezclando las palabras con los balazos. Marty Rhy se dispuso a tirar a un lado a Wanda, a saltar él mismo felinamente, en un esfuerzo por eludir la muerte, o al menos por afrontarla de un modo no pasivo.

Pero no hizo falta. Andrea Devin, de la famosa «Andrea Devin Make-Up», estaba riendo todavía cuando sonaron los dos disparos. Sólo que no procedían de su arma. Y que los dos proyectiles, era ella quien los recibía en su cabeza...

Wanda gritó, convulsa y aterrada ante el feo, espeluznante panorama de la bella cabeza de la perversa Andrea Devin, haciéndose añicos bajo el impacto de los dos proyectiles, certeros y mortíferos.

Disparó su automática, y acaso hubiera llegado a alcanzar a uno de ellos. Pero entonces, ya Marty había apartado a Wanda de la línea de fuego, sallando él mismo a un lado, sin soltar a la joven.

Se derrumbó el cuerpo de Andrea Devin, con un golpe sordo. Quizá como una última y macabra ironía del destino, al caer, golpeó el borde de la mesa de trabajo donde Wanda mezclaba colores, cremas y pastas de fondo, y su sangrante cara se embadurno con manchones de maquillaje, antes de que rodara de bruces al suelo.

La gente seguía muriendo alrededor de Marty, maquillándose para morir...

Se volvió hacia el hombre que había entrado silenciosamente en la estancia. La automática aún humeaba en su mano. Sonreía débilmente, mirando a Marty con aire amistoso.

—Gracias, Deledda —dijo roncamente Rhy—. No sé por qué lo ha hecho, pero gracias. Nos ha salvado la vida a los dos.

—Por suerte, oí hablar a tiempo a esa harpía. En vez de hacer ruido, acudí despacio —respiró con fuerza. Miró a Andrea como el que contempla a una lagartija a la que, premeditadamente, ha aplastado bajo el zapato—. Hace un momento supe por mis hombres que ella se aprovechó de ser miembro del clan para pedirles con urgencia que le dieran a usted un buen palizón, camino de Beverly Hills.

—Y ellos obedecieron, Deledda.

—Ya lo sé. Costello y Contiano acostumbra a obedecer cuando alguien del grupo Deledda les pide algo. Pero esta vez, Andrea se pasó de rosca. No me gusta que dirijan a mis hombres, como si Fred Deledda ya no existiera —el todopoderoso de Hollywood se irguió, altivo—. En mi grupo, mando yo. Si soy fuerte, es porque no acepto superioridad de nadie.

—Habré de estar agradecido a sus gorilas, entonces. Por venir a aclarar la cuestión con ellos, me encontró a mí y a Wanda metidos en un buen lío.

—No lamento que le dieran unos cuantos golpes —sonrió Deledda, tocándose sus propias huellas faciales—. Así queda saldada una deuda entre nosotros, Rhy. Espero que lleguemos a ser amigos algún día.

—Yo, no lo espero. No me gustaría ser amigo suyo, Deledda. Pero le agradezco esto de ahora —miró a Andrea Devin—. Ella y Gaar se ocupaban del tráfico de drogas. Había alguien más, pero sospecho que nunca llegaremos a saber eso.

—¿Por culpa mía?

—No, no, diablos. Usted hizo bien. Ella no hubiera dejado margen entre decirme la verdad y coserme a tiros, en compañía de Wanda. ¿De qué me serviría entonces saberlo?

—Bien. Será preciso llamar a la policía ahora —dijo Deledda lentamente—. O nos acusarán de homicidio. No me gustaría cargar con todo lo sucedido hasta ahora aquí.

—Cielos, no. De eso sé yo algo. —Marty se estremeció. Luego, sin apartar sus ojos del cadáver de Andrea Devin, comentó a flor de labio—: Hay otra cosa que me gustaría saber, pero me temo que ella se llevó el secreto consigo.

—¿Sí? ¿Qué es ello, Marty?

—Las drogas. Debía de ocultar el último *stock* en alguna parte.

Entraban en el país, dentro de tarros de maquillaje, tubos de crema y todo eso, manufacturados por las factorías de la «Andrea Devin Make-Up»

en Oriente. Pero ella se cuidaba de extraerlo en seguida de ahí, y lo distribuía dentro del país a sus agentes y vendedores. Uno, hablaba con Gladys Vernon en el embarcadero. Yo lo vi.

—¿Y le identificó?

—No, Deledda. No le identifiqué. Me parecía conocido. Sólo vi sus piernas. Y sus zapatos. Pero la voz me confundió. No era una voz que yo conociese, desde luego.

—Sería algún agente.

—Sí, sin duda. Pero no son los agentes lo que me interesa, sino el producto. Es una mercancía de muerte, un tráfico monstruoso que conviene cortar. Muchas como Lucy Lavern, ignoran incluso la dosis que ingieren, cuando están frenéticas por la droga. Y mueren. Es eso lo que debe desaparecer. Y las gentes que comercian con ello, Deledda. Pero ante todo, conviene hallar la droga. Esta vez se trata de millones. Era el último negocio de Andrea Devin...

—Un momento, Marty —intervino con voz apagada Wanda, que hablaba por vez primera, tras el terrible impacto emocional que suponía la muerte de Andrea ante sus ojos.

—¿Qué hay, Wanda? —Marty se volvió hacia ella.

—Hablaste de tu yate... Eso me hizo recordar algo...

—¿El qué?

—Uno de los días de rodaje, Marty...

—Sí, habla, por Dios...

—Había bañistas cerca de donde se rodaba la película.

—¿Y bien?

—Una de las bañistas... era Andrea Devin. Lo recuerdo bien. Lucía un bikini rojo...

—¡Un bikini rojo! —Marty meneó enérgicamente la cabeza—. ¡Sí, lo recuerdo incluso yo mismo! Una bonita figura de mujer... Dios mío, ¿y era ella?

—Sí, Andrea Devin. La vi emerger poco después del agua. Me sorprendió que lo hiciese tan cerca de tu yate... Estuve a punto de advertirla que no debía acercarse tanto a la guilla de «Blondie», porque podía herirse en un balanceo de la embarcación. Pero entonces tuve que maquillar a unos «extras», y olvidé el incidente.

—Wanda, ¿y qué puede tener de relación ese incidente con...?

—Marty, cuando la vi en el agua, llevaba algo consigo. Una especie de bolsa impermeable o algo así. Al emerger, saliendo de la proximidad de tu yate... no llevaba absolutamente nada. Fue un detalle en el que apenas paré atención. Le chocó a mi subconsciente, y ahí quedó archivado. Ahora me ha venido a la memoria y...

—¡Mi yate! —Marty abrió enormemente los ojos. Cambió una mirada con Deledda, que también reflejaba su gran estupor—. ¡Mi yate..., ES EL ESCONDITE, Deledda! ¡Cielos, si la policía registra a «Blondie» y encuentra eso, estoy perdido! ¡Jamás creerán, viniendo de mí, la historia de mi inocencia!

—¡Vamos allá, Marty! —Deledda le tendió su automática—. Tome, vaya armado, si prefiere. El compinche principal de Andrea, puede estar oculta cerca del yate, o vigilamos y ver a dónde vamos...

—Gracias, Deledda. —Marty tomó el arma—. ¡En marcha!

Wanda se aferró a él.

—Voy contigo, Marty. No me quedaría aquí por nada del mundo, querido...

—Bien, pero al menos avisa a la policía. —Marty la miró, risueño, aferrándola por los hombros—. Ve, querida. Todo terminará pronto. Llama al teniente y refiere lo ocurrido aquí. No le digas a dónde vamos. Sólo que Andrea está muerta, y que ella mató a Gaar y a Gladys. Luego, corre a reunirse con nosotros. Te esperaré.

—Bien, querido —asintió ella, corriendo al teléfono del pabellón.

Entre tanto, Marty y Deledda salieron, subiendo al coche parado ante el pabellón. Deledda despreció el modesto vehículo de Marty. Hizo subir a Rhy en su formidable «Cadillac» blanco, y puso el motor en marcha. Aguardaron solamente un par de minutos. Wanda reapareció, subiendo al automóvil, y acomodándose junto a Marty. Su mano helada, buscó la cálida, fuerte protección de las de Rhy. El «Cadillac» blanco partió hacia el embarcadero donde tenía fondeado a «Blondie».

CAPÍTULO XI

El yate parecía el de siempre. Con su esbelta, europea forma, flotando suavemente sobre las negras aguas. Había dejado de llover, y el aire olía intensamente a salitre.

Marty contempló a «Blondie» con la expresión que se mira a un amigo desleal, en tanto corría con Wanda y Deledda hacia el yate, por encima de las resbaladizas, húmedas tablas del saliente del embarcadero.

Saltaron a bordo. Se contemplaron, una vez pisaron las tablas color tabaco del yate.

—¿Y bien, Marty? —indagó Deledda, perplejo—. ¿Dónde buscamos?

—Dentro, me parece que no —dijo Marty, reflexivo—. La línea de flotación, Deledda. Puede que ella situara debajo el paquete de drogas...

Asintió el actor. Marty casi había llegado a perder su animosidad hacia él. Ahora, eran tres personas unidas, luchando por encontrar la verdad en una ciénaga. Quizá nunca encontraron la verdad completa. Pero valía la pena intentarlo.

Marty se despojó de su chaqueta. Luego, de su camisa y corbata. Avanzó hasta el borde del yate. Tendió la pistola a Deledda, indicándole:

—Vigile, y cuide de Wanda. Voy a zambullirme.

—Tenga cuidado. El agua es profunda, y estará muy fría. Un golpe en los pilares de cemento, o en la quilla del yate, le podría matar.

—Descuide —rió Marty—. No es la primera vez que he hecho algo así. Sólo que entonces, lo hice con la policía de algún sitio tras de mí...

Se lanzó al agua. Sumergió el cuerpo en la negrura densa de las aguas del Pacífico en plena noche nublada. El frío impacto del mar le hizo estremecer. Pero pronto los rítmicos movimientos de su cuerpo, al nadar en torno al yate, le devolvieron cierto calor.

Llegó a la quilla. La rodeó, cuidando de que los bamboleos del yate no le causaran un golpe fatal. Sus manos empezaron a recorrer la embarcación, por debajo de la línea de flotación. Emergió a respirar aire, sin haber encontrado nada.

—¿Qué hay, Rhy? —inquirió desde arriba Deledda.

—Nada aún —llenó sus pulmones de aire y volvió a hundirse en el agua, como un delfín.

Prosiguió la búsqueda. Tenaz, desesperada, casi furiosa. En algún lugar del yate, Andrea Devin dejó adherida una bolsa impermeable con estupefacientes. Si la policía la encontraba antes que él, estaba perdido. A un tipo con la fama y antecedentes de Marty Rhy, nada ni nadie le sacaría ya de una buena celda, como huésped del Gobierno federal.

De repente, los dedos tocaron algo. Rápido, emergió de nuevo, inhaló aire en abundancia, y volvió a hundirse en el mismo lugar. Recorrió su mano la superficie bajo la línea de flotación, otra vez.

Allí estaba. La bolsa de plástico impermeable. Y la cinta adhesiva, a prueba de agua, sujetándola al casco de «Blondie», como una rara y gigantesca costra marina.

La arrancó con energía, tirando fuertemente de las bandas adhesivas. Aferró contra sí la bolsa. Parecía pesar mucho. Y tenía una dureza extraña, en un envoltorio que sólo debía de contener drogas, mercancía hartamente ligera y blanda...

Emergió de nuevo. Esta vez, Deledda y Wanda le esperaban al borde del yate. Marty tiró la bolsa a sus manos. Luego, gateó por el casco, hasta alcanzar el ancla, y de allí saltó a la cubierta del yate.

—¡Lo encontré! —jadeó, mientras agradecía a Wanda, con una sonrisa amplia, la manta que ella arrojaba por encima de sus hombros, extraída del camarote de «Blondie». Pero no parecen drogas, Deledda...

El actor lo sopesó, pensativo. Meneó luego la cabeza.

—No, no son drogas. Juraría que son joyas.

—¿Joyas?

—Sí, es lo que parece —sus dedos recorrieron el envoltorio—.

Hay formas con facetas y aristas, objetos metálicos circulares... Ha habido bastantes robo3 de joyas últimamente en Hollywood, Marty, joyas que nunca aparecieron. Ni tampoco el ladrón. Creo que el negocio de Andrea Devin era doblemente productivo. Las drogas debió colocarlas ya, Sólo le quedaba esta parte del tráfico. Piedras preciosas... Piedras para enviar a Oriente, con otras joyas, también robadas. Eso es lo que haría. Vender aquí drogas de Oriente...

—... y en Oriente, joyas robadas en los Estados Unidos —completó Marty Rhy, con voz grave—. Entiendo ahora. Doble comercio, doble contrabando, y muchos beneficios. Éste era el último golpe. La fuga, la venta de estas joyas en

Hong-Kong

o Macao... Cielos, ¿por qué una mujer con una empresa tan importante de cosméticos pudo meterse en semejante lío?

—El negocio no iba bien —rió Deledda—. Todo el mundo sabe que la sociedad de Andrea Devin iba de baja. Últimamente, descuidó la calidad de sus productos, y perdió la clientela en gran parte... Dicen fue estaba arruinada.

—Bien, Deledda. Esto servirá para que Benson crea en mi historia. Vamos. Llevaremos las joyas a la policía. Ahora ya no tengo miedo de que me acusen de nada...

Estiró la mano para tomar las joyas. Por segunda vez en poco tiempo, se encontró con una pistola ante sí. Una automática que le encañonaba, en vez de una bolsa de joyas robadas que le fuese devuelta.

Fred Deledda parecía dispuesto a disparar. Y no a entregar joya alguna.

—Lo siento, Marty. No devolveré esto a la policía —dijo—. Ponga en marcha el yate. Nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿Está loco, Deledda?

—No estoy loco. Vamos, arranque. Nos dirigimos a Oriente. Otro buque nos encontrará en alta mar. Es el que hace el tráfico con nosotros...

—¿Nosotros? —gimió Wanda, mirándole con ojos de vivo terror.

—Claro, Wanda —suspiró Marty—. Ahora ya está todo claro. Incluso por qué murió Andrea Devin. No la dejó decir el nombre de su socio. Era su nombre, Wanda...

—¿Fred Deledda? —Se estremeció ella, mientras el actor

sonreía, con gesto cruel.

—No, no —rectificó suavemente Marty—. Fred Deledda murió una noche, en el jardín de mi casa. Ese hombre no es Fred Deledda... sino Raymond Gaar, su «doble».

CAPÍTULO XII

—¡Es imposible! ¡Este hombre es Deledda, Marty! ¡Yo lo he maquillado infinidad de veces, yo lo sé...! —gimió Wanda.

—Tú sabes que hay dos hombres IGUALES: Raymond y Fred Deledda. No existe Gaar alguno, no existió nunca. Dos hermanastros sumamente parecidos... En especial, después de una operación de cirugía plástica. Actuaban indistintamente uno otro. Eran la perfecta conjunción los Deledda. Tú maquillabas a uno u otro. Cuando uno hacía un papel, el otro era el opuesto. Pero algo les diferenciaba y definía. Siempre existen rasgos concretos en las personas, que no hay parecido ni operación facial que resuelva. Esos rasgos son los que disimularon, al matar a Fred. Por eso le maquillaron, Wanda. No para que pareciese Deledda, como muchos creían... sino PARA PARECERSE MAS A GAAR. Todo estaba trastocado, y fuimos tan tontos que lo creímos, ¿verdad, Deledda?

El falso Fred meneó la cabeza, burlón. No ocultó su admiración hacia Marty.

—Yo no tengo nada contra usted —dijo fríamente—. Usted pegó a Fred. Fred era el tirano, el amo del «clan». Yo, su instrumento siempre. Su coartada, cuando hacía algo delictivo.

—Como robar joyas, ¿verdad? —rió Marty—. Un alegre deporte de estúpido y de perverso. Pero usted no es mucho mejor de lo que era él. Se cansó de hacer su propio papel, de obedecer órdenes. Era bonito tener dinero, tener autoridad, influencia y todo eso. Por eso mató a Fred. Se quedó con el negocio suyo. Al mismo tiempo, se dedicaba usted con Andrea a su negocio de drogas. Éste era el último golpe. Pero fue mejor eliminando a Fred. Desaparecía el contrabandista fichado por la policía. Quedaba el honorable Deledda. El «niño» intocable de Hollywood, con el que nadie osaría

meterse. Ése fue su juego. Y resultó bien. Hasta que Andrea fue lo bastante tonta para asustarse, matar a Gladys, para que no habíase, y tratar de matarnos a nosotros, hablando demasiado. Usted temía que, si vivíamos Wanda o yo, podríamos aún revelar a la policía el nombre del compinche de Andrea. Por eso la eliminó, justo a tiempo. Y ahora, al encontrar las joyas que ella ocultó, sin revelárselo a usted, el éxito era completo. Sólo faltaba un pequeño detalle: terminar con nosotros. Que es lo que iba a hacer ahora, ¿verdad?

—Es lo que voy a hacer —dijo el hombre que se fingiera Fred Deledda, siendo en realidad un Deledda. Marty sabía el porqué de aquellos esparadrapos y heridas en su cara. No eran obra suya. Sus golpes dejaron poca huella en el auténtico Fred. Y el maquillaje con que cubrieron su cara al morir, lo disimuló muy bien. Pero los esparadrapos, en los primeros días, impedirían que cualquiera, recordando demasiado bien las leves diferencias faciales entre ambos, pudiera advertir la suplantación. Deledda continuaba—: Tengo que matarles, Marty... Saben demasiado.

—¿Y no le extraña que sabiendo tanto, me confiara en devolverle la pistola, Deledda? —rió Marty, burlón.

Una luz inquieta pasó por los ojos del asesino. Miró vagamente inquieto su automática. Luego, soltó una risita seca.

—Es un viejo truco, Rhy —declaró luego—. No caeré en él. No soy un novato. Para comprobar que está cargada, basta hacer esto...

Apretó el gatillo. Un seco chasquido... y nada.

Deledda juró entre diente, rabiosamente. Repitió la operación. Y falló.

Furioso, arrojó la pistola contra Marty. Éste eludió el impacto. El arma voló al agua cuando ya Marty caía sobre Deledda, con todo su impulso. Él asesino intentó huir, saltar al mar.

Marty le detuvo al borde del yate. Le descargó tres violentos impactos. El impostor aún era más débil que el auténtico Fred Deledda. Rodó a sus pies, sangrando por la nariz. Rhy le descargó un mazazo más. Luego, jadeante, se irguió, mirando a Wanda con una sonrisa.

—Listó, querida —dijo—. Fue buena idea la de quitarle las balas, ¿eh?

—¿Fue mientras veníamos en el coche?

—Sí. Sospeché de él. La idea de que el misterio del maquillaje en los cadáveres no estaba explicado, me hizo dudar de Deledda. Tuve mi teoría, y callé, esperando acontecimientos. Si maquillaron a Gladys fue para ocultar la verdadera razón de haber maquillado al falso Gaar, en el jardín de mi casa, donde le mató el auténtico Raymond Deledda (o Gaar).

En aquel momento, rugió un motor en el embarcadero. Luego, otro. Se llenó de haces de luz blanca, que cayeron sobre la embarcación. Marty Rhy, alarmado, giró la cabeza, envueltos él y Wanda en la luz de los proyectores, lo mismo que el semi inconsciente asesino.

—¡La policía! —masculó Marty—. ¡Cielos, qué oportunos!

—¡No se muevan de ahí, Rhy! —voceó el teniente Benson—. Dos agentes del FBI vienen conmigo...

¿Ha sucedido algo grave?

—Bastante —asintió Marty—. Suban a bordo. Y que el diablo me lleve si sé cómo pudieron encontrarnos.

Wanda soltó una levé carcajada. Rodeó a Marty con sus brazos, y musitó:

—Querido, a mí tampoco me gustaba la actitud de Deledda... ni la forma que tuvo de matar a Andrea. Cuando llamé al teniente le manifesté mis sospechas... y le dije a dónde íbamos.

Marty Rhy contempló con gran respeto a la joven.

—Wanda, me has dado muchos datos importantes a lo largo del caso —manifestó—. Y ahora, me demuestras ser aún mejor detective que yo. ¿Sabes una cosa, querida?

—¿Qué, Marty?

—Si te gustara viajar por el mundo, en un yate como éste, y con un vagabundo incorregible que procuraría rectificar su vida..., te pediría que unieras tu inteligencia a la mía. Seríamos una pareja algo seria...

Wanda rió, besándole en los labios.

—¡Tonto! —musitó—. ¡Claro que quiero hacer sociedad con Marty Rhy... para siempre!

El teniente Benson y los agentes del FBI les encontraron besándose todavía. Se miraron, dudando. Pero como besar a una chica no es delito federal, sonrieron, dedicando su atención a la bolsa de joyas robadas, y al inconsciente Raymond Gaar Deledda...

Después de todo, el caso había terminado. Al menos para Marty Rhy y Wanda Leigh...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.